

Cualquier cosa, menos quietos

universo **centro**

Número 104 - Febrero de 2019 - Distribución gratuita www.universo centro.com



Almas puras

por JORGE GIRALDO RAMÍREZ

Ilustración: Juan Fernando Ospina

Mónaco es ese Estado estrambótico que las potencias europeas dejaron sobrevivir para tener una vía de escape. Escape de la rutina laboral, las cargas impositivas, la regulación de la vida cotidiana. Una especie de cuarto útil, zona de tolerancia, circo permanente, paraíso fiscal. Mónaco era Disneylandia cuando a Walt Disney no se le había ocurrido hacer su primer parque de atracciones. De todas las ciudades de la costa mediterránea norte es la única a la que no se atreven a llegar las balsas de migrantes africanos y asiáticos conducidas por las mafias internacionales de trata de personas o remolcadas por los organismos humanitarios. Mónaco no se toca. Ni la tocan el crimen, la pobreza y el terrorismo que sufren la vecina Niza, o la no tan lejana Marsella. Interpol, el Estado Islámico, las ONG, todos respetan la inmunidad de Mónaco.

Por qué Pablo Escobar se obsesionó con el nombre de Mónaco, no se sabe. Tampoco si fue solo con él o también con el Gran Premio de Montecarlo (fue automovilista con su primo Gustavo Gaviria como fórmula), o con su consumo de lujo, no se sabe. Los biógrafos de todo tipo que se han acercado a la figura del capo han ignorado ese detalle; como si no importara o como si no existiera. Y es que cuando el Patrón le puso ese nombre a la residencia que se hizo construir en El Poblado (bajo la dirección de Gabriel Londoño White), se estaba quedando con un premio de consola. Su ambición era más grande que ese edificio que, para lo que se ve en estos tiempos, lucía modesto.

Pablo Escobar quería otro Mónaco: Envigado. Transcurrida casi una década de hegemonía absoluta en el municipio, después de haber sido concejal y representante a la Cámara, después de haber representado al Partido Liberal

en un congreso de la internacional socialista en España, antes de su salto grande al fútbol y a los brazos de Virginia Vallejo, ordenó una presentación oficial de su Mónaco. Pusieron una valla gigante en la glorieta que hoy se llama Fundadores y a la cual los envigadeños le decían Peldar o, más antiguamente, La Estación. “Envigado, el Mónaco colombiano”, decía. En el separador de la avenida Las Vegas —entre la glorieta y la quebrada La Ayurá— se sembraron decenas de arbustos de coca.

La revista *Semana* hizo resonar el nuevo apelativo de Envigado. El 24 de agosto de 1987 tituló un artículo así, “Envigado: el Mónaco colombiano”. Con mucha ingenuidad asoció el nombre con los indicadores de calidad de vida, que eran los mejores del país, a pesar de que el principado nunca tuvo figuración en esos ránquines mundiales. El periodista constata, eso sí, que allí “transitan carros que solo pueden verse, quizás, en esas capitales mundiales del automóvil como Turín o Stuttgart”, “personas que cargan colganderos de oro” y que hay casas que son como fortalezas.

Poco después desaparecieron la valla y las matas de coca —reemplazados por publicidad del alcalde y mangos o chiminangos— y aparecieron las masacres y los carobombas. Uno de ellos, en enero de 1988, explotó en el edificio Mónaco. Lo puso el cartel de Cali y había contado con la protección de Fidel Castaño, que vivía en Montecasino, siete cuadras hacia el sur. En el año 2000 lo atacaron de nuevo, al parecer, porque lo iba a ocupar la Fiscalía.

El sueño de Pablo Escobar de hacer de su Envigado el Mónaco latinoamericano quedó en suspenso. Pero en Medellín y buena parte del valle de Aburrá, se volvieron ubicuos los carros de lujo, las gentes “embambadas” y las fortalezas residenciales —cada vez más arriba pero también más visibles— que sorprendieron al periodista de *Semana* hace 32 años. También los casinos, las modelos, el turismo sexual, la coca a domicilio, la fiesta cotidiana que pueden hacer los que viven de la renta y no tienen obligaciones laborales, como tal vez se viva en el principado. Un año después del artículo de *Semana* el alcalde de Nueva York, Edward Koch, propuso bombardear a Medellín. Era entendible, Koch había sufrido un derrame cerebral hacía unos meses.

De esto debe haberse enterado el escritor Fernando Vallejo, de ese panorama que a sus ojos de puritano atormentado le debía parecer una nueva Sodoma. A Vallejo no se le ocurrió que el mal estuviera confinado en una caja de concreto de unos cuantos pisos de altura; el mal había infectado a toda la ciudad y a todas sus gentes. La cura tenía que ser radical. Que bombardeen a Medellín, pidió cuando llegaba el milenio. ☺



DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDICIÓN

– Pascual Gaviria

ASISTENCIA EDITORIAL

– David Eufasio Guzmán

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– Andrés Delgado

– Anamaría Bedoya

– María Isabel Naranjo

– Alfonso Buitrago

– Carolina Calle

– Andrea Aldana

ASISTENCIA EJECUTIVA

– Sandra Barrientos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

CORRECCIÓN DE TEXTOS

– Gloria Estrada

DISTRIBUCIÓN

– Lymari, Gustavo y Didier

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

Número 104 - Febrero 2019

18.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM



Lecciones de mecanografía

por GLORIA ESTRADA

Ilustración: Titania Mejía

Yo tenía los dedos de las manos frágiles y pequeños, y su escasa fuerza no me alcanzaba para golpear las teclas de la máquina de escribir y dejar marcada la hoja blanca con la respectiva letra. Así que como papá se empeñaba en que siempre estuviéramos aprendiendo algo, para fortalecerme los dedos y poder enseñarme mecanografía dibujó con lapicero en una mesa de madera un teclado elemental, con las letras y la barra espaciadora, nada de números ni de símbolos.

Con las canciones tristes y almbarradas de Leo Dan de fondo, papá dedicó una tarde completa a trazar las líneas del teclado hundiendo mucho el lapicero de tinta azul en la madera y, enseguida, las letras en mayúscula, impecables, en letra imprenta como la llamaba para diferenciarla de la letra pegada que nos había enseñado. Allí empecé a practicar por las tardes, golpeando la mesa como si fuera una máquina de escribir, haciendo planas imaginarias de asdf espacio ñlkj. Podría parecer un ejercicio extraño, pero no lo era, ya papá nos tenía habituadas, a mi hermana y a mí, a estos métodos caseros y prácticos de enseñanza; para entonces ya habíamos aprendido, por ejemplo, a nadar haciendo respiraciones en el tanque del lavadero de la casa.

Mientras yo practicaba papá pasaba supervisando mi postura, que las muñecas estuvieran levantadas, que los dedos no se alejaran demasiado del teclado. Además, y muy especialmente, me repetía que debía mirar al frente, no las letras que iba pisando, por más que al frente solo tuviera la pared de bareque contra la que estaba recostada la mesa y que estaba llena de hojas de bloc con las tablas de multiplicar pegadas con chinchas.

Para entonces yo era juiciosa. Creo que de niña siempre le di la talla a papá para todo lo que se le ocurría enseñarnos, por eso las tablas las aprendí mucho antes de que fueran un tema en la escuela. Así que me dediqué con empeño a hacer las planas imaginarias y de tarde en tarde yo misma me revisaba las yemas de los dedos para ver si se me estaba formando algún tipo de callo. Me animaba la idea de enfrentarme a la máquina de escribir que el tío Fabio había recogido, en perfecto estado, en un basurero en Estados Unidos, o al menos eso fue lo que él dijo; era una Remington azul de teclas muy duras en la que papá sacaba en limpio los temas de clase o los originales de los exámenes de final de periodo. En una especie de pacto tácito Fabio y papá se habían dedicado a regalarse cachivaches, libros de segunda y artefactos de uso desconocido que mi tío desarmaba como buscándoles el sentido en el alma de alambres y tornillos y que no era capaz de armar nuevamente. Por eso la Remington acabó en



nuestra casa, así como en la suya terminó por ejemplo un coco de teléfono que no recuerdo de dónde salió, pues para ese momento ni siquiera había servicio telefónico en el pueblo.

Los meses de mi práctica en la mesa de escribir coincidieron con que papá, soltero desde hacía rato y de 36 años, se había conseguido de novia a una empleada del hospital y empezó a hacerle la visita. Se trataba de una mujer casi de su misma edad que solo saldría de su casa debidamente casada por la iglesia y que lo recibía junto con el papá y la mamá sentados en la sala. De vez en cuando salían a bailar o a tomar gaseosa en el parque, como un par de adolescentes. Papá seguro se enamoró pero también era verdad que necesitaba que alguien le ayudara a acabar de criar a sus dos hijas. Entonces se volvió rutina que nos preparara la cena antes de la siete y se fuera para El Pedrero, loma arriba, el barrio donde ella vivía, a unas diez cuadras del nuestro.

Una noche, cuando recién había iniciado mis lecciones de mecanografía y papá había empezado a irse durante dos o tres horas varias veces a la semana, no llevaba media hora acostada en mi cama cuando escuché un golpeteo *in crescendo* en el teclado tallado por papá. Era el mismo ritmo que yo seguía, pero con más fuerza. El terror que me invadió solo me dejaba mover para taparme

los oídos, uno contra la almohada y el otro con la cobija. La mesa estaba en el corredor al que daba mi habitación, es decir que la pared contra la que estaba recostada era una de las de mi pieza. Podría haberme puesto de pie en un salto, abrir la puerta y ver qué demonios estaba pasando, pero el miedo no me dejaba. También me impedía pasar a la habitación contigua, la de mi hermana, separada de la mía por una cortina. No sé cuánto tiempo duró el tecleo, que se detenía a intervalos muy cortos, una eternidad aterradora supongo.

La extraña visita continuó noche tras noche, siempre que papá no estaba. De día él me decía que estaba sugestionada y antes de irse me daba agüitas de manzanilla para que durmiera mejor. Pero el tecleo nocturno persistía. En las mañanas yo miraba la mesa con terror, buscaba algo distinto, una mancha, un hueco, algo; imaginaba no sé qué ente sentado en mi silla, haciendo las planas sin luz y con mucho ruido. Por las tardes, antes de empezar mi lección, restregaba la mesa con un trapo húmedo como queriendo eliminar el rastro del más allá. Cada jornada de práctica se fue llenando de rabia, yo sentía que estaba compitiendo con ese espanto. ¿Quién podía darle más duro? No eran los dedos de un niño los que hacían ese ruido, no necesitaban fortalecerse. Era increíble que mi hermana no lo oyera.

Solo cuando las llaves de papá en la puerta entraban en escena se detenía.

Con las semanas el mecanógrafo se convirtió en todo en lo que yo pensaba durante mis lecciones frente al teclado. Con la mirada clavada en la pared le estaba gritando que no volviera, que me dejara en paz, que se callara. Asdf espacio ñlkj aq aw ae ar doble espacio ñp ñi ñu. Decía la plana en voz alta. El valor que me abandonaba en las noches me inflaba de ímpetu en el día. Papá decía que iba muy bien, que pronto iba a poder con la Remington, la pesada máquina de escribir con la que yo quería sepultar al fantasma tapándole el teclado sobre la mesa. Nunca se me ocurrió pensar que él también quisiera usarla.

Pero papá me tenía una sorpresa. Y cuando yo estaba esperando que me pusiera la Remington enfrente, lo que descargó fue una maletica gris con cierre en la que venía la Brother ultraliviana, la Brother que nos acompañaría durante el resto de nuestros años escolares. Yo ya estaba lista y feliz, aquella maletica era de un blanco hueso, muy bonita y moderna. Recuerdo que entre papá, mi hermana y yo forramos la mesa con papel *contac* y para más tranquilidad él accedió a que la giráramos para que el antiguo teclado fortalecedor de dedos, ya cubierto con un estampado de figuras geométricas, quedara contra la pared.

Yo no sé si fue todo ese rito o la noticia de que papá iba a casarse lo que hizo callar al fantasma, el caso es que para ese momento yo ya estaba preparada para las situaciones más duras, incluida una madrastra. ☺

electrodomésticos antes de partir, no le sirvieron de mucho. De allí sacó para los pasajes y lo que le quedaba era poco.

—Ajá, ¿y a mí por qué me tiene que requisar?
—¿No quiere? Vamos para allá entonces —le dijo un soldado mientras la llevaba a los baños del restaurante frente al que el bus se detuvo. Le quitó la blusa y los pantalones se los bajó hasta los tobillos, luego la tanga—. Salta (no salta). Salta (no salta). ¡Saalta! (salta).

De la vagina no le salió nada. Sin bolígrafos para sobrevivir, se le ocurrió que lo mejor era pegarse los dólares que le quedaban en la planta del pie. Los metió en una bolsa y los pegó con cinta. En aquel baño sucio, a la mujer con uniforme verde y arma oxidada no se le ocurrió hacerle quitar las medias. Afuera el bus la esperaba para continuar un viaje que duró cinco días. Salió del Estado de Guayana al suroriente del país, a través de Venezuela a lo ancho y salió a Cúcuta. A Medellín llegó el 2 de julio de 2018. La última vez que se supo de ella, quería traer a sus dos hijos por la trocha.

El guardia me devolvió todo y me dijo que me vistiera. Abrió la puerta y el sol de mediodía aturdió. Entró el último de mis compañeros y nos regresaron los pasaportes. Nos esperaban veintidós alcabalas más. En unas pocas nos volvieron a pedir los documentos. Solo una vez un soldado abrió el maletero y, como aprezado por el calor y el peso del fusil, metió la mano a uno de los bolsos y nos dejó continuar.

Celia Cruz sonaba en la radio cuando llegamos a Maracaibo. Ciento veinte kilómetros recorridos. Nos acercamos a unos viejos maracuchos. Uno de ellos llevaba un gorro de tela blanco, camisa polo y pantalones cortos. El otro llevaba una camiseta de béisbol. Habitaban aquel pedazo de acera como si fuera un trozo de su casa. Recostados a un árbol, sonrientes, nos ubicaron el barrio Los Mangos.

Nos perdimos entre las calles, hasta que llegamos a una urbanización conocida. Caraota, de mal genio, giró a la derecha, de nuevo a la derecha y finalmente a la izquierda.

Maracaibo y los nidos vacíos

La señora Graciela nos recibe en su casa a las 5:00 p. m. (hora en Venezuela). Su casa es la primera a la izquierda en un solitario callejón estrecho. El sol pega como uno de mediodía.

Desde por la mañana la electricidad se había ido y tampoco había señal de telefonía. Nos explica: "Hace unos meses que la electricidad se va y la señal de celular también. Como que no hay quiénes les hagan mantenimientos a esas plantas de energía". Tampoco se puede utilizar el agua de manera usual, pues una tubería está suelta y deja correr líquido entre las paredes. No la puede mandar a arreglar, "ya no tenemos plata para eso". La última vez que habló con ella por redes sociales, el agua ya no llegaba al barrio y debían comprarla en pipetas a ochocientos bolívares fuertes.

El calor adentro es insoportable. Pero en la calle es asfixiante, pues se le suman las montañas de basura quemada que cubren algunos andenes. El servicio de recolección de basuras ya no pasa. Para salir del callejón hay que cruzar una reja metálica de la que solo los propietarios tienen la llave. Unos niños juegan fútbol frente a sus casas. Unas cuantas cuerdas después nos encontramos con señora Beatriz Pérez, una amiga de señora Graciela. Ayudante en la parroquia del barrio y madre de una monja, tiene un hablar pausado y caminar levitante.

Son las 6:00 p. m. y está encerrada en su casa con un amigo. Ambos rondan los sesenta años. Aunque hace calor y los ventiladores no funcionan por el apagón, prefieren quedarse en casa a estar afuera arriesgándose a un atraco. Nos sentamos en el rellano de la entrada y cada vez que pasa una motocicleta dejan de hablar.

La Navidad está perfectamente construida en la sala de señora Beatriz. "Cuando la estaba armando se me salían los lagrimones. Mis hijos están en Perú. A mi amigo se le murió la esposa hace poco y los hijos están también por fuera. Se volvió un poquito loco".

Señor Beatriz (corre a desconectar la nevera porque vuelve la electricidad sobrecargada): Mis hijos me hacen mucha falta. Y uno no sabe a ciencia cierta cómo están ellos por allá. Como ellos tampoco saben nada sobre nosotros. Mandan dinero cada quincena, lo que logran recoger. Se le suma a lo que uno tiene de la pensión. Pero cuando voy a mirar lo que compro para la quincena... a veces me quedo sin qué comer. Pero bueno, uno siempre se rebusca.

Mario, el amigo (un hombre-sombra casi catatónico, sentado con sus piernas largas retraídas y hablando serena y cadenciosamente): Yo quiero irme donde mis hijos, para Perú.

Señor Beatriz: Yo no quiero. Toda la vida hemos vivido aquí. No veo una pronta solución a este problema. No creo que Maduro y el régimen caigan rápido. Pero no importa, aquí tengo mi casa.

Señor Graciela: Además, con eso de que cualquiera puede ocupar la casa de uno si la abandona, nadie la quiere dejar sola.

Mario: No me voy porque no me han querido entregar el pasaporte. Van dos veces que hago las vueltas.

Vamos a comprar comida para compartir. La tienda es el banco de la desconfianza. Una puerta de vidrio antecede a una ventanilla polarizada por donde se piden los alimentos. No nos quiere vender una gaseosa de tres litros pues tiene envase de vidrio. Debemos llevar nuestro propio recipiente: "Ya no confío en nadie, la gente se queda los envases", dice el tendero. Entonces compramos una plástica de litro y medio. Vitriñas con austeridad, con tarros de Mayonesa Mavesa y paquetes de arroz de una libra exhibidos como celulares, artículos de lujo.

Con 4500 bolívares soberanos (29 250 pesos colombianos en el mercado negro), que gana un asalariado promedio mensualmente, podría comprarse cuatro Maltín Polar de litro y medio. O dos cervezas. O nueve botellas de agua de un litro. O treinta huevos y siete paquetes de espagueti. O dos platos de ovejito y una Coca-Cola. U ocho piezas de un pollo apanado con desnutrición. O dieciocho conos helados de McDonald's. O nueve Nuecitas. O un tercio de la muñeca plástica de moda para el regalo navideño de los niños. O una camisa en un centro comercial. O dos bolsos usados. O los pasajes de dos padres de familia para ir hasta el trabajo y volver por un mes, electricidad, wifi y telefonía.

Comprar o vender es un galimatías. En algunos supermercados ahora solo reciben dólares. Hasta para comprar un queso se utilizan las tarjetas bancarias, pues las personas no usan mucho el efectivo. Tendrían que cargar bolsas de billetes. El billete de dos bolívares soberanos ya no se recibe, no vale nada. Los precios aumentan tanto, que algunas empresas quiebran porque no se anticipan a que las ganancias de hoy no alcanzarán a cubrir los gastos de mañana.

El salario mínimo no cubre lo del mes y solo a algunas personas con el Carné de la Patria, un objeto creado por Maduro para identificar a quienes están a favor del régimen, reciben algunos bonos extra y beneficios especiales. Así que, como cuenta señora Graciela, "la gente decidió ponerse a sembrar yucas en los patios".

Son las 7:00 p. m. nos montamos en un bus rojo, de ventanas amplias, moderno. Hacía parte de la flota de buses del Estado. Le falta una

ventana a lado izquierdo y una parte del parabrisas lleva una bolsa negra cubriéndolo. Con el poder adquisitivo de la moneda venezolana, las importaciones de repuestos se dificultan. El pasaje cuesta cincuenta soberanos.

El aire entra violentamente por la no-ventana. Hay una gran cantidad de pasajeros. Atravesamos el mercado, chazas expuestas en la calle con algunos productos básicos de alimentación. Arden los ojos por las fogatas de basura. Maracaibo es un árbol, lleno de nidos sin polluelos, bajo la tenue iluminación del alumbrado público. En los parques se ven pocas personas y donde antes había fuentes, ahora hay charcos estancados, burdeles de zancudos.

En un muro, con carboncillo reteñido se lee: EE.UU. Y LA OPOSICIÓN VENEZOLANA LE RENDIRÁN CUENTAS A DIOS POR LO MALO QUE ESTÁN HACIENDO AL PUEBLO

A la noche, señora Graciela nos confiesa: "Yo los recibo en mi casa y los invito a quedarse, porque nuestros hijos también estuvieron en la situación de ustedes y otra mamá les ofreció su ayuda". Nos hace arepas con harina-pan. Ella no come, porque, dice, no tiene hambre. Nos sirve chocolate en agua en los vasos de sus hijos. "Qué bueno que me hacen compañía, porque ahora nosotras somos las madres de nadie. Los hijos están muy lejos".

A septiembre de 2018, según Migración Colombia, del total de migrantes tan solo dieciocho por ciento superaba los cuarenta años. Los menores de veinte años sumaban el 52 por ciento del flujo migratorio. Los hijos son los que emigran, pues son ellos quienes tienen la posibilidad de conseguir trabajo y enviar remesas. Los padres y abuelos se quedan en su país, mientras este se balancea entre una intervención militar estadounidense, la posibilidad de una guerra civil o un golpe de Estado. Las grietas entre el régimen y sus opositores se alargan y profundizan.

A señora Graciela le entristece su país y se lo encomienda a su dios. A veces se trasnocha esperando que sus hijos terminen sus jornadas laborales. Otras veces, esperando que llegue la señal para mandar mensajes y desatrasarse. "Y a veces me paro en el rincón de la puerta, porque allá recibo la señal. Y recuerdo que ahí mismo se hacían mis tres hijos para chatear con sus amigos. Entonces me pongo a llorar". Señora Graciela no vive en Maracaibo, vive en Medellín.

Antes de dormir, reza con su voz azucarada: Señor Jesús, te doy las gracias por este buen día, por mantener a mis hijos con bien. Te pido que los guíes por un camino de luz, que con quienes se tropiecen puedan ofrecerte cosas buenas. Aléjalos del mal y protégelos. ☺

*Los nombres fueron cambiados por petición de algunos de los protagonistas.



NUESTRO PROPÓSITO NO ES ACUMULAR UTILIDADES. ¡ES SATISFACER NECESIDADES!

LA DIFERENCIA ESTÁ EN QUE ADEMÁS DE

CONFIANZA

TRANSFERIMOS RECURSOS

QUE TRANSFORMAN NUESTRAS VIDAS



La diferencia está en Confiar

Ediciones UNAULA, un aporte perdurable a la cultura y academia nacionales

SOMOS libros SOMOS libros

Algunas novedades para comienzo del año...

 <p>Un café en Buenos Aires Pablo Di Marco PVP: \$48.000</p>	 <p>Comunidad Indígena Arhuaca: ¿Derechos culturales, derechos epistémicos? Dora Cecilia Saldarriaga PVP: \$62.000</p>	 <p>Clientelismo en Colombia Armando Estrada Villa William Cerón González PVP: \$60.000</p>	 <p>Los acuerdos de coexistencia marcaría Isabel Cristina Uribe PVP: \$60.000</p>	 <p>Entre imágenes LO JUSTO Y LOS DERECHOS HUMANOS José Fernando Saldarriaga William Cerón Martín Agudelo PVP: \$70.000</p>
--	--	---	---	---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA LATINOAMERICANA - UNAULA
Vigilada Mineducación

El 21 de julio del año pasado tres jóvenes murieron atropellados por un tren del metro de Medellín entre las estaciones Aguacatala y El Poblado. Su intención era dejar la marca de su corrillo de “rayadores” en un vagón, firmar una misión colectiva. Mirar ese parche desde adentro sirve para entender su lógica y su tragedia. Derramar un poco de tinta como homenaje.

La espera del tren

por SANTIAGO RODAS

Ilustración: Sara Serna

A la memoria de Suber, Skills y Shuk

Desde aquí se ven los rieles del metro, el río que corre hacia el norte, más al fondo, el Centro de la ciudad. Una nube oscura que avanza por el oriente cubre las montañas de El Poblado, amenaza con tormenta. Se siente el viento que empuja con fuerza en contra de nosotros. Son las tres de la tarde. Estamos sobre el puente de la 4 sur, justo en la mitad. Los dos nos apoyamos en la baranda metálica y oteamos el flujo de abajo: carros, motos, personas. No decimos nada, todavía. Yo miro a mi amigo y él mira hacia las vías oxidadas del metro. No alcanzo a dimensionar lo que pasa por su cabeza, las imágenes que machacan en su memoria. No llora en todo caso; no parece sentir dolor, no demuestra nada, es más bien como si mirara al vacío, como si estuviera tranquilo; pero yo sé que no es así.

Nos estancamos en un mutismo pesado. Yo no me animo a preguntar, dejamos que el silencio se cocine en sus propios jugos algunos minutos que creo van a ser muchos más. Sin embargo, de repente me hace un gesto, señala con el dedo hacia las vías. Ahí, dice y empieza a relatarme los sucesos.

Habíamos terminado de pintar, estaba muy oscuro y no se oía nada. Luego, de repente pasó todo. Entra en detalles: esa mancha en la canalización que está anaranjada, medio ocre, justo en ese lugar quedó uno de ellos, seguro intentaron borrarla, pero no salió. Me dice el nombre de su amigo, el mismo que me dio una camisa con un dibujo suyo el día del accidente. Me explica en detalle cómo fue que el tren lanzó a su amigo desde las vías hasta dejarlo en la canalización, luego describe cómo atropellaron a los otros dos. Pienso, mientras él habla, que el silencio previo que nos envolvía era una especie de calentamiento para tomar fuerzas, para respirar y así empezar a relatarme los detalles. Detalles que yo había imaginado distintos y que reconstruí en mi cabeza de manera cinematográfica. Ahora conozco los hechos tal como ocurrieron; se suceden las imágenes en procesión, una tras otra, mientras mi amigo me explica cada cosa que pasó esa madrugada del 21 de julio.

Veo desde aquí arriba del puente toda la escena y reconstruyo los instantes, los segundos desde que pasó el tren de despeje, sin luces, a ochenta kilómetros por hora, los arrolló a los tres; y luego, la sangre, el traquido de los cuerpos debajo de los fierros, el chirrido metálico del tren que se detuvo en seco, la escapada de los que quedaron con vida, la noche cerrada con esa luz sucia de las lámparas en la avenida Regional; el



momento en que mi amigo se metió en uno de los túneles de la canalización, mientras temblaba, e intentaba, a martillazos, hacer encajar en su cabeza lo que pasó, porque no lo creía. Pienso en la sensación de irrealidad que cubre los hechos que apenas suceden, en el efecto ficcional que se le agrega a lo escabroso que recién sucede, para ponderarlo. Pero él, en ese momento, no podía creer nada de lo que acababa de pasar, no entendía. Casi perder la vida y salvarse por unos segundos, unos pasos, la posición del cuerpo, ¿por qué sus amigos sí y no él?, se preguntaba y sacaba fuerza para poder respirar. Aún no había palabras, las palabras llegarían después.

Me veo en la situación de mi amigo, en este momento encima del puente, del río, de las vías del tren y no me explico cómo mantiene la calma, mira sin perturbarse, sin mostrarse afectado. Pasaron dos meses y aquí está él de nuevo, como si un destino secreto lo llamara a enfrentarse con él mismo. Pero no fue el destino, fue simplemente un encargo de pintura con el que debía cumplir lo que lo trajo de nuevo a la ciudad. Me pidió que lo acompañara hasta el puente y yo me sentí en la obligación. Acompañarlo es lo menos que puedo hacer por él.

De nuevo nos quedamos callados y dejamos que pasen cuatro o cinco trenes llenos de gente por debajo de nosotros. La lluvia se condensa en el fondo del valle y decide bajar a trote por las montañas. Caminamos hasta el skate park para resguardarnos bajo el puente. Nos sentamos en el mismo lugar en el que hace dos meses mirábamos cómo pasaban los trenes y esperábamos. Compramos una botella de ron. Por ellos, decimos. Brindamos con el primer trago, el más amargo. Para las ánimas, pensamos. El cielo se desploma sobre esta porción de la ciudad.

Recibo una llamada a mi celular. Es la voz de mi amigo, me dice que está en Medellín. Veámonos en la 4 sur, a las seis de la tarde, dice y su voz suena distinta a otras veces, menos suelta, más programada, extrañamente puntual. No aclara para qué, no me da pistas. Hágame pues, le respondo.

En el skate park lo saludo. Con él están otros cuatro de ropa ancha y el mismo acento de la capital. Me siento, se presentan y me dan un trago de ron; luego en medio de risas y chistes que se hacen entre ellos, me explican lo que van a hacer. Me necesitan para una labor

menor. Debo guardar sus pertenencias en mi morral por si pasa algo con la seguridad interna o con la policía. Venimos por el metal, me explica mi amigo y a mí se me aclara la cabeza, el misterio en su voz. Desde principios de la semana los demás estudian la manera de entrar en las vías y pintar con sus aerosoles un tren que se estaciona a la misma hora, en el mismo lugar. Para mi amigo es la primera vez, no en un tren, él ya los pintó en otros países, pero sí en el metro de esta ciudad, el único de Colombia y, por lo tanto, el máspreciado entre los grafiteros del territorio nacional. Soy de algún modo, parte de la misión.

Nos ubicamos en un lugar estratégico para ver el movimiento de los trenes, esperamos a que llegue el señalado y se estacione en uno de los semáforos. Ellos ya lo tienen estudiado. Saben cuál es la ruta de acceso, el tiempo que consumen en entrar por las rejas, lo que se pueden tardar para escribir con sus aerosoles en un vagón entero las iniciales de su crew. El tren lleva tres días cumpliendo sin falta su itinerario. Aunque parece que no va a llegar a tiempo, son las seis pasadas y ningún tren se detiene.

Vemos pasar cada uno de los trenes, y con cada paso siento un vacío

estomacal, pese a que yo ni siquiera voy a entrar en las vías. Esperamos que se detengan, que alguno disminuya su velocidad, pero ninguno lo hace. Entonces les explico que las rutas y los horarios muy posiblemente cambien los días festivos. Hoy es 20 de julio, por lo tanto, quizá el tren que paró en días anteriores en este lugar cambió de horario.

En esas nos pasamos tres horas más. Hasta que deciden que lo van a internar al día siguiente, cuando la circulación de las personas retorne a la normalidad.

A las ocho de la mañana del 22 de julio me llega un mensaje al celular. “Tres jóvenes fallecieron tras ser arrollados por un tren del metro”, una noticia de Telemedellín. Leo el mensaje y quedo paralizado. Pego un grito largo y lanzo el celular a cualquier parte. Intento pararme, pero me siento mareado. No, empiezo a decirme en la cabeza. Una y otra vez aparece la palabra: no, no, no. Tiemblo, me parece absurdo, me parece imposible, no lo creo. Recojo el celular del suelo y empiezo a llamar a mi amigo. No responde. Entonces pienso en llamar a su novia, pero temo que sea yo el que le adelante la noticia, y mejor intento llamar a la gente que creo puede estar enterada, con la esperanza de que alguno sepa qué fue lo que sucedió.

Nadie conoce a cabalidad los hechos y por lo tanto la información es difusa. Pienso seriamente en la muerte de mi amigo, en que no lo voy a volver a ver. La mañana se me va entre llamadas para averiguar por ellos, enviar mensajes de texto, revisar las noticias, y llorar cada tanto sin poder contenerme. No estoy seguro si mi amigo quedó en las vías. Nadie me da información útil. Todos sabemos lo mismo: lo poco que se puede rastrear en internet. Saco la camisa que me dio uno de ellos la noche anterior y la miro un rato, el estampado consiste en un dibujo de unas ratas de pie, agarradas de las manos, en círculo, con la indumentaria de una misión y abajo, en letras de grafiti, dice *Ultravandal*.

Al mediodía consigo dar con alguien que estuvo en el momento del accidente. Hablo un rato con la persona y le digo que sé que es difícil, pero necesito que me diga quiénes murieron en la madrugada. Me da los nombres y yo respiro amargamente. No dice el de mi amigo. Los demás están en medicina legal y necesitan que alguien los reconozca mientras los familiares viajan desde Bogotá. Intento ponerme en contacto con mi amigo, pero no contesta por ningún medio. Le dejo un mensaje en su celular: estoy al tanto de todo, lo que necesites, acá estoy. Pero no recibo respuesta.

Es el segundo día que nos encontramos en los bajos del puente de la 4 sur, en el skate park. Esta vez esperamos, con la normalización de los horarios, a que el tren llegue puntual, pero pasa el tiempo y nada más, no se detiene ninguno. Quizá cambió de horario otra vez por ser fin de semana, pero puede que aparezca más tarde. Nos tomamos una cerveza y la tensión parece diluirse. Algunos se fuman un porro, otros montan en patineta, dibujamos en una libreta y escribimos nuestros nombres: todos empiezan con “s”. Algunos hacen sus tags en el cemento. Hablamos de todo menos de grafiti y creo que es lo mejor, así pasa el tiempo más rápido hasta que sea la hora de accionar la cizalla y los aerosoles. Estamos agotados de esperar.

Sobre todo hacemos chistes: mejor nos vamos al Centro a tomar, explica uno, o a pintar en otro lugar más tranquilo, porque ese malparido tren no quiere aparecer. Luego me enseñan las herramientas imprescindibles para la acción, los aerosoles *ultrawides* plateados que disparan pintura hasta llegar a casi tres metros de distancia.

Rearman el plan paso a paso, me explican que ya no es necesario que les guarde sus pertenencias en mi morral. Ya las dejaron en la casa de alguien.

Pasamos cuatro horas ahí hasta que siento que no tengo nada más por hacer. Estoy cansado y debo hacer un esfuerzo muy grande para socializar, mantenerme al ritmo y con la misma energía de los demás. Necesito estar solo, al menos por un rato.

Le digo a mi amigo que lo llamaré más tarde, para que nos tomemos unas cervezas, si es que el tren no se detiene en el semáforo. Me despido, pero antes, uno de ellos me entrega una camiseta y yo le agradezco. Me la voy a poner, aunque sea amarilla, le digo y me río.

Los invito a una ronda de cerveza antes de irme, todos agradecen tranquilos, confiados. Son una familia. Qué detalle cucho, son las palabras que me dice otro, el que se ve más joven. Algunos de ellos ya pintaron este metro dos veces. Saben qué deben hacer y qué no, ya coronaron varios trenes de toda Latinoamérica. Están curtidors en el oficio. Me despido entre carcajadas por un chiste que le clavan a uno que deja regar la cerveza. Los oigo reírse mientras me alejo y miro los trenes que pasan, a toda velocidad, dejan ver algunos rostros borrosos adentro de los vagones. Espero que lo puedan lograr, les deseo suerte en mi cabeza y me pongo a pensar en otras cosas. ☺

Parche:

1. El que encuentras siempre que entras a Salallena.com



Salallena
CARTELERIA CULTURAL
INDEPENDIENTE



¿Qué tienen en común las ballenas yubartas, los nidos en las cornisas de un edificio, un pez amazónico, un Simón Bolívar entristecido, un dedo amputado, un piano olvidado? Seis relatos sobre el circuito cultural y arquitectónico de San Ignacio.

LOS BORDES DEL CENTRO

por JOSÉ A. CASTAÑO HOYOS

Ilustración: Señor OK



Uno
Un pez muere ahogado por el calor adentro de la minúscula bolsa donde estuvo confinado por horas. El vendedor lo descubre panza arriba y maldice su suerte. Su suerte, no la del pez. Aquello ocurre afuera de La casa de la literatura infantil, en La Playa. Parece la escena de un cuento con dibujos. El vendedor rompe la bolsa y el animalejo, redondo y plateado, del tamaño de un reloj de pulsera, cae al suelo con la brevedad de una salpicadura. La calle es un río de gente, un río seco de gente apretujada. Si no llueve antes de que oscurezca, una de las mujeres que barren las calles del corazón del Centro a lo mejor lo encuentre. ¿Caerá en cuenta de él entre tanta mugre? ¿Se detendrá a mirarlo? Si en cambio llueve, el agua lo arrastrará hasta la alcantarilla de la esquina, entre colillas de cigarrillos y envolturas de dulces. Ahora pocos parecen recordarlo: bajo La Playa corre una quebrada con nombre de santa. Según el santoral es la patrona de los arqueólogos y de quienes buscan. ¿Quién busca un pequeño pez amazónico en el Centro de Medellín? Vivo valía lo mismo que un paraguas, así tan quieto nada. A lo mejor termine allí su viaje atribulado, en la quebrada convertida en cloaca. Con tantos cambios repentinos del clima, el vendedor de peces otra vez maldice su suerte. Dice que está con gripa y tose. Es lo único que ha pescado esta semana.

Dos
Estaba ahí, en el fondo del charquito, encorvado sobre sí mismo, como una larva gorda y blanca. Fue lo primero que pensé: que era un gusano, un mojoy, la larva de los escarabajos que algunos campesinos se comen tan gustosos, con los ojos cerrados. Este también tenía una cabeza negra, amoratada. Yo estaba de primero en la fila de los buses que suben a Santa Elena, ahí arriba de San Ignacio, en compañía de mis hijas, entonces de nueve y once años. Sumergí la punta del zapato en el agua y les dije que miraran. El reflejo de los tres cupo en el charco. El gusano resultó ser un dedo índice, un dedo índice izquierdo. ¿Era de verdad? Parecía que sí, lo confirmaba la finura de la piel, la robustez de la carne, el extremo de un hueso al descubierto, la uña casi despreñada. Visto de cerca lo grotesco no lo es tanto. Y lo bello es menos bello. Pasa con mariposas y con dedos amputados. Tampoco es de extrañarse. Allí mismo, en los recovecos del Centro, han encontrado gentes en bolsas de basura. Una vez, hace años, detuvieron a un hombre en Niquitao con tres cadáveres en una carretilla. Dijo que se los habían dado para que los botara. Así dijo y se encogió de hombros. La pregunta azarosa era dónde estaba el resto de ese dedo huérfano. Uno no llega a pensarlo, pero es verdad que nos vamos muriendo por partes: las uñas que nos cortamos, el apéndice que nos extirpan, la muela que nos sacan, el pelo que se nos cae, el

lunar de toda la vida que nos borran en un minuto. Solemos pensar en la muerte como un suceso definitivo y absoluto, y lo cierto es que también ocurre por partes y desde antes, lo mismo que la vida, que se incuba en una mirada, en el tropezón de un zapato con otro a la salida del metro, en una risa que pasa oculta bajo un paraguas. Un José que vendía dulces en la esquina de la Placita de Flórez perdió su pierna derecha por culpa de la diabetes. Él dice que le hizo novena de difuntos a esa parte de sí mismo que se anticipó a su muerte. ¿Qué haces con un dedo que te encuentras en la calle? ¿Llamas a la policía? Recoger monedas es más fácil, y billetes sin importar que estén sucios. Los escrúpulos también son cosa que elegimos. O cómo se explica que una ciudad tan rezandera siga siendo tan violenta. Muy violenta aunque muy bella, dicen. A ese dedo, me acuerdo, lo dejamos ahí, señalando curvo quién sabe adónde. Vino el bus y mis hijas y yo nos fuimos rumbo a Santa Elena, y siguió la vida.

Tres

El único habitante del apartamento era Clemente, un piano vertical marca Montano. Hay gente con esa manía de nombrar los objetos. Suena ridículo que una nevera se llame Frígida, por más que alguien le encuentre gracia a aquello. Subjetivamente los objetos en un intento de hacerlos más nuestros, pero terminamos siendo más suyos. Hace años me presentaron una silla mecedora

de que deambulaba de casa en casa con el nombre de la abuela, su primera dueña. La llamaban Mercedes y estaba revestida de una capa abrillantada de laca e importancia que impedía que cualquiera se sentara en ella. El Zarco llegó a dormir allí unos días, en el enorme espacio de aquel apartamento sobre La Playa, vacío de muebles y de toda su antigua aristocracia. Media doscientos y tantos metros cuadrados y olía a flores muertas. Él dice que prendió una astilla de pañosanto para espantar ese olor a difuntos y que no se atrevió a levantar siquiera la tapa que cubría las teclas amarillentas del piano, temeroso de tocar alguna de modo involuntario. Su pavor, me dijo, era que la voz del instrumento desatará una conjura y terminará invocando el espíritu de los antiguos moradores. ¿Quién asola su casa, quita los bombillos, retira hasta los clavos de los que pendían cuadros, fotos y crucifijos, y deja abandonado en un rincón un piano así nomás? Los edificios de esos apartamentos enormes, entre el teatro Pablo Tobón Uribe y la avenida Oriental, fueron de gentes ricas. Algunos de los próceres cuyos bustos están sembrados bajo los árboles de La Playa son parientes de los antiguos propietarios, los más afortunadosidos a otros barrios de opulencia, los menos afortunados por ahí, viviendo del recuerdo de haber sido y ya no ser. Ahora esos apartamentos parecen invendibles porque, siendo así tan grandes, sus cuotas de administración son una alcancía rota. Los dueños que aún los conservan los arriendan a precio de ocasión con tal

de que los inquilinos asuman el costo de mantenerlos. Hay apartamentos embargados por cantidades que superan su valor comercial. Lo siguiente que sorprendió al Zarco entre tanto espacio vacío fue el bidé de los baños, ese aparato sanitario en el que la gente pudiente se sentaba para que un chorro de agua les limpiara lo que no les apetecía limpiar con la mano. A esa tentación sí no fue capaz de resistirse el Zarco. Según él, el bidé envicia como la buena comida y mientras lo usaba se complacía imaginando la tristeza de los que habían renunciado a su uso cotidiano obligados por la repentina pobreza. Una tarde que llovía con truenos y relámpagos, el Zarco abrió la tapa del piano y arrojó los dedos contra las teclas que, pese al ímpetu de su gesto, no dijeron nada. ¡Es mudo!, gritó. La suerte del armatoste estuvo echada. Curado de espantos decidió arrancarle las teclas de marfil, igual que un bandido le arranca los dientes a un cadáver. Con lo que le dieron por ellas dice que vivió unos días a sus anchas, contemplando La Playa a través de un ventanal tan largo como un bus. Lo último que vendió de Clemente fue el recordado de su arpa apolillada. El silencio es la música del olvido, me dijo el Zarco la vez que hablé con él, hace años.

Cuatro

Suspendido a tantos pisos de altura sobre La Playa, Ramón limpia las ventanas que alguien revisará más tarde desde adentro. Las que no pasen la inspección las descontarán de su pago. Él se esfuerza el doble porque ha decidido rescatar los huevos de los nidos ocultos en las cornisas, justo antes de que sus compañeros los destruyan sin compasión. Los huevos que va encontrando los esconde en una bolsa con aserrín y se los lleva a su mamá en El Corazón, allá

en la Comuna 13. Ambos se idearon unos nidos con medias nonas. Anoche eclosionaron dos, le contó ella por teléfono, él suspendido en el aire. Uno parece golondrina, le dijo, el otro parece lechuza.

Cinco

Desde la ventana de su cuarto, acostada en su cama, Candelaria veía yubartas girando en el aire, arremolinándose como si fueran de goma y no pesaran una barbaridad. Debe ser enorme la alegría de una ballena para empujarla así fuera del agua y hacer que cante. Porque las yubartas cantan, volvió a leer en estos días Candelaria en un periódico que barría del suelo. Una vez barrió un billete de diez mil pesos que resultó falso y así mismito dice que lo echó en la basura, que es adonde cree ella que deben ir las desilusiones de la vida, las rabias, las frustraciones, los enojos, las envidias. El odio no es reciclable, dice con voz de basurera experta y se acomoda el sombrero de tela que la obligan a ponerse para que el sol no le haga daño. Pero qué daño le va a ser siendo negra y tan recia, tan seria. Aunque es verdad que el estruendo de su risa se oye desde lejos. Parece el latigazo de una yubarta sobre el agua. Pero no ocurre mucho, y ahora menos que uno de sus nietos está hospitalizado, enfermo de algo que lo hace convulsionar. Candelaria tiene 48 años y nadie diría que es abuela de tres niños: Brayan Kevin, de cinco años; Lady Maryori, de cuatro; y Nico Adamo, de tres, justo al que irá a ver al hospital después de que termine de barrer la plazuela San Ignacio. La hija de una vecina que es enfermera la deja entrar a verlo aunque ya no sean horas de visita. Ninguno de ellos conoce el mar, dice Candelaria mientras barre y confirma la frustración que eso le impone negando con la

cabeza una y otra vez. Su recuerdo más feliz de la infancia es el de cuando su papá llegaba con un cangrejo anaranjado del tamaño de un plato y lo ponía a cocinar en agua con sal. ¿Qué hace tan feliz a ese recuerdo? Porque lo que amamos de un recuerdo no es todo el recuerdo. Suele ser una porción precisa de él, una parte esencial, como la pieza de un mecanismo diminuto y complejo. ¿Era el color reluciente del cangrejo, el sabor de su carne blanca, los chasquidos dichosos de ella y de su padre? Candelaria se detiene y piensa una respuesta apoyada en el cabo de la escoba y algo en sus ojos se ilumina, después los cierra y suspira, parece que algo dirá, una única palabra que es suficiente para espabilar el recuerdo y hacerlo aletear vivo, pero entonces pasa el tranvía sobre Ayacucho y el ruido de la campana con que espantan a los peatones distraídos enmudece su respuesta.

Seis

Esto me contó Chucho en las puertas de la iglesia de San Ignacio, mientras el cura alzaba el cáliz con la sangre del Dios de los cielos convertida en vino. Me juró que no mentía, que aquello había sucedido el 20 de julio, fiesta de la Independencia, y justo durante el conticinio, esa hora de la madrugada en que el mundo es mudo. Me contó él que iba atravesando el Parque Bolívar cuando se encontró de golpe con el Libertador en persona, ahí de pie y apeado de su caballo, con ademanes de urgencia. Chucho me dijo que Bolívar le preguntó por el cruce de Colombia con La Paz y que él, conocedor de la nomenclatura del Centro, le respondió que esas calles no se cruzan. ¡Tendrán que hacerlo un día!, me dijo Chucho que le dijo la estatua entristecida antes de regresar de un salto a su pedestal de mármol. ☺

Ocaso de un malandro

por JUAN GUILLERMO VALDERRAMA SANTAMARÍA

Ilustración: Laura Mejía-Posada

La primera vez que vi su estampa fue fugaz, a la distancia. Lo bajaban esposado de una patrulla verde. Dos guardianes y dos policías lo traían en custodia al velorio de su abuela. Lo metieron en su casa y desapareció. Horas más tarde lo sacaron por la misma vía rumbo a La Ladera. La calle estaba desierta, pero ventanas y cortinas resguardaban mínimo un chismoso detrás. Su reaparición fue unos cuantos años más tarde.

Ese día, como casi todos los días, estábamos sentados en El Huequito, jugando a ser adolescentes y a enamorar a toda aquella que se atreviera a caminar por esa acera, rumbo al colegio, a misa, a la tienda, a su casa o a ninguna parte.

El Huequito era uno de los puntos de encuentro más queridos por nosotros, puesto que nos brindaba todo aquello que necesitábamos a esa edad: alcahuetaría, paisaje, descanso, cobijo, arraigo, trinchera; y cama cuando era necesario. Todos los que en él convergíamos vivíamos a no más de tres cuadras. Además, a un par de casas quedaba la tienda del viejo don Ignacio, proveedor de lo que más necesitábamos por aquellos días: bolis para calmar la sed después de los picaos; cerveza y cigarrillos cuando queríamos sentirnos grandes. Era para nosotros un sagrado recinto, una especie de confesionario, tanto así que el que quisiera fumarse algo diferente a un cigarro tenía que retirarse a la esquina. Lo que menos nos interesaba era banderiar el parche y que don Aristóbulo, el dueño de la casa, nos prohibiera estar allí. Hay sitios que marcan tu vida para siempre y ese fue uno de ellos.

Y tuvo nombre propio: El Huequito. Era un lugar sencillo, un triángulo dejado por el espacio de unas escalas que conducían a un segundo piso. En él podíamos sentarnos cómodamente cuatro jóvenes, mientras conversábamos con otros tantos que, de pie o sentados en el murito del antejardín de dicha casa, completaban la barra. Era una especie de sala, pero en la acera, que por poltronas lucía adobes y cemento. El que se paraba perdía su adobe, y sin chistar debía esperar de nuevo su oportunidad. ¡Cuál de todos más pobre! Tanto así que por poseer unos botines Pro-Keds, de cuero blanco, yo era el ricachón de la barra. Así que al parsimonioso del Chorli se le ocurrió la magnífica idea de bautizarme Tío Rico. Y así me quedé por varios años.

Desde allí podíamos mirar al tiempo transitar ante nuestros ojos, al barrio, a la gente, a los buses de Campo Valdés. Pasaba el pasado en bastones y en despeinados borrachos, el presente pasaba en minifalditas de yines, y faldas, cuadrículadas de uniformes, deseando ser minifalditas, y el futuro por cantidades pasaba en preñadas barrigas de señoras y no tan señoras. Y pasaba muchas veces yo agarrado de la mano de Dora, o de mi perro.

Después llegó Caliche y lo profanó con marihuana y pepas, y a don Aristóbulo no le quedó otro recurso que ponerle una reja con candado y clausurarla para siempre. Fuimos desplazados;



debimos migrar hacia la esquina, pero ya no fue lo mismo, daba rabia y tristeza ver El Huequito entre rejas, mientras Caliche gozaba de su libertad.

Caliche fue un malandro de vieja guardia, un visitante acérrimo del Perro Negro, en Guayaquil, un mal llamado camaján, un Pedro Navaja criollo. Más de la mitad de su vida la pasó, de trasteo en trasteo, recluso en diferentes cárceles del departamento, entre internados, inspecciones, preventorios y penitenciarías. Su última temporada la vivió en La Ladera hasta 1976, año en que fue sellada, para luego terminar su condena en Bellavista, donde le tocó estrenar patio quinto, camarote, colchón, pulgas, chinches, garrapatas y carranchil. Creo que nadie en el barrio quería que él saliera, ni su familia. Si alguien comentaba que pronto le darían su boleta de libertad, la gente le ponía una tranca más a sus puertas y le echaba una santiguada más a su familia. Pobres los Bomberos, ya van a soltar a Caliche, decían. ¡Y lo soltaron!

Era hijo adoptivo de los Bomberos, nombre dado a su familia por los vecinos, ya que el padre era conductor de una de sus emblemáticas máquinas rojas. Muchas veces llegaba en una de ellas a su casa y era el asombro de la cuadra, en especial de los niños, a los cuales dejaba montar en ella y tocar su dorada campana. Si bien los rasgos de sus adoptantes eran anglos y se distanciaban en mucho de las facciones mestizas de Caliche, su madre lo llamaba "mi mono", y su padre, Carlitos, a pesar de que pasaba de los 35.

Creo que su menuda figura no lograba el metro con cincuenta, su enorme cabeza de huevo de chocolate resplandecía debido a su calvicie prematura; no era negro, para definirlo mejor, era café. Sus achinados ojos permanecían siempre irritados por el consumo compulsivo de la yesca, como con cariño llamaba a su cannabis; denigraba del cigarrillo. A pesar de ser canero viejo, no se marcó tatuajes. Su camisa de seda florida, desabotonada casi hasta su ombligo, trataba de hacer juego con el pantalón naranja de bota ancha y mocasines blancos de suela de caucho. Jamás bluyín, tampoco se calzó medias y mucho menos lució correa. Su bisutería constaba de un amuleto de bala de fusil, en forma de cruz, colgado al cuello; su posesión más presumida, una esclava con las alas de la FAC (Fuerza Aérea Colombiana); en su mano izquierda, una calavera de ojos verdes como anillo y, escondida en la pretina, una Stainless Champion americana, que hacía juego con la candelera Colibrí, en su relojera. Además, en la derecha, el loro marca Sanyo de cuatro tacos, que solo dejaba en su casa si salía a laburar.

Para Caliche todo era un ritual: creía en brujas; por eso decía usar los calzoncillos al revés, para evitar un hechizo. Se persignaba con la izquierda antes y después de salir de su casa y mantenía una ramita de ruda en su oreja, que recalaba debía ser regalada para que funcionara, y así atraer amores, suerte y fortuna. Una tarde, mientras en la

esquina armaba su bareto, pasó un ventarrón y le tiró al piso toda la marihuana que molida y espolgada reposaba en el cuero. Él, con reclamo, miró a los cielos, hizo una cruz con sus dos índices, y gritó: "¡Loca irresponsable!, unas veces venís disfrazada de escoba y otras de duende; soltame, no te metás con mi yesca ni con mi familia. ¡Vade retro, satanás!".

Por ningún motivo, desde que lo conocí, le quedó mal al gran Hernán Caro, al mediodía de los domingos: una hora en Buenos Aires; ni mucho menos a las dos p. m. a Orlando Patiño, en Radio Visión, en Una hora con la Sonora. Aunque era mal bailarín, bailaba mientras caminaba, tratando de seguirle el ritmo a su doña Celia, don Daniel, don Bienvenido, don Bobby... y su adorada Toña la Negra. Y era tanto su amor platónico por "la reina del montuno", que a toda mujer que despertara sus matancerómanos piropos la llamaba susurrante: "¡Psst! ¡Psst! ¡Psst! Como estás de linda... ¡Leída!".

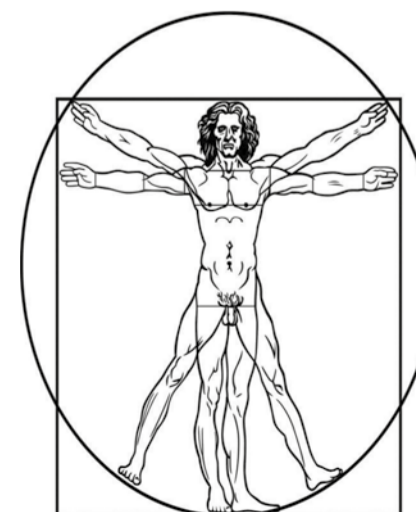
Cuando salió de La Ladera, le tocó entrar quedando de último; el barrio ya era otro, pero él seguía siendo el mismo, un simple malandro cuesta abajo, especializado en oficios de rateros: jalar waches Orient, Cornavin y Seyco, estilógrafos Parker y Paper Mate, además de aretes, cadenas, anillos, bolsos, y esculcar uno que otro borrachito, oficios que mientras estuvo enrejado pasaron de moda. A sus camaradas ya los habían matado: al Chepe, al Dorian, al Teco, al Quema Montes, al Mata Siete... Y otros pocos continuaban encanados. Ahora los caciques eran los Priscos y "los muchachos". Hasta las palabras cambiaron: las llaves ya eran parceros, las boletas, banderas y los faltones, gonorreas. Igualmente, se le habían terminado sus años de gloria a los carniceros, a los chupachupas y a las Champion, para darles paso a los tres ocho, Mini Uzi y changones. Y ya no se mercaba en El Morro, la plaza era en La Arboleda.

Así que a Caliche ahora se le veía solo, parado en la tienda de Patecumbia, a veces con una cebada en su mano izquierda, y en la otra, el Sanyo y la Champion, de la que afirmaba no se le acababan las balas, y que por eso era que no le gustaban las armas de fuego. Su dosis personal casi siempre la cargaba en la cabeza. Con petulancia afirmaba: "Por mucho que te requisen los tombs, en la torre no la encuentran".

Estuvo por varios meses juicioso, o al menos robaba en otros barrios, en otras cantinas, en otros buses, a otros taxistas, a otros borrachos. Se le tenían sentenciada los muchachos de La Arboleda: que a la próxima cagada le daban piso. Es más, ya le habían pegado una pela por meter un cantinazo en el bar Maipú.

Y de pronto, Caliche comenzó a revolverle basuco a su mariguano, y la cosa y los cosos comenzaron a salirse de las manos. Al vender su amuleto fue como si firmara su partida de defunción. Después salió de la esclava, el Sanyo lo enrocó por cinco baserolos y llegó al colmo de los colmos de jugar y perder, a la veinticuatro, su herramienta de trabajo: la Champion. Se robaba todo lo que estuviera a su alcance y a todos. A veces se le veía por los techos vecinos robándose las tejas, la ropa de los tendedores, las jaulas con los sinsontes, turpiales o canarios, los gatos finos, los criollos, bombillas del alumbrado público, matas y materos, retrovisores, repuestos de carros, bicicletas mal parqueadas, los cables de cobre de los teléfonos, las tapas de los contadores, los fusibles y breques de la luz, y hasta las canecas de basura. Y de su casa se le vio salir corriendo con la plancha aún votando vapor... y a su madre detrás gritándole: "¡Mi mono, no me dejés sin con qué plancharle los uniformes al viejo!".

Y de pronto, los muchachos llegaron a la conclusión de que Caliche era una escoria para la sociedad y por ende para el barrio. Se congregaron en un cónclave (o una misa, como llamaban a sus reuniones), y pusieron a consideración un referéndum que constaba únicamente de dos preguntas: ¿destierro o piso?, para dictaminar, por votación democrática entre sus socios, lo que se debía hacer con el sindicado. Los votantes eran traquetos, sicarios, caleteros, jaladores, campaneros, cocineros, secuestradores, vacunadores, extorsionistas... para infortunio de Caliche: manos levantadas por destierro, cero. Manos levantadas por votos en blanco, cero. Manos levantadas por piso, nueve. Así que nueve tiros le metieron, eran demócratas y ecuanímes: un tiro por mano. ☺



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

FANTASMAGORÍAS

Una: Acababa de releer la inmortal *Christmas carol* de Charles Dickens. En ese justo momento surgió ante mí el Fantasma del Futuro, quien me hizo una oferta fuera de texto.

—Te concedo un deseo —dijo—, algo que siempre hayas deseado. Elige bien, pues solo es uno.

Debía meditarlo con calma, una mala opción podría tener consecuencias lamentables (muchas historias lo comprueban), así que pedí un plazo prudencial. —Entenderás que debo pensarlo; por favor, vuelve mañana.

El fantasma hizo una reverencia victoriana, y se marchó.

Era de noche. Me armé de lápiz y papel, y anoté, sin ningún orden: talento musical; sobre todo, para el piano; pianista aceptable, de andar por casa. Secuela: cantante, con afinación y sin voz. Bailarín: ritmos antillanos, todos; nada de salsa. Novelista, autor de libros de misterio; enigma puro, sin fondo social. Alcancé a escribir otros ítems, con mano ya temblorosa: torero, titiritero, cocinero; y otros más, que el pudor me aconseja callar. Amanecía cuando regresó el fantasma. Le señalé en silencio mi elección final. Después de leerla, la aparición suspiró.

—La tienes desde hace muchos años en tu jardín. Qué quieres que te diga, mi obligación termina aquí.

Hurgué con dificultad en las ruinas de mi memoria.

—¿El pájaro azul, supongo?

El fantasma asintió:

—Un azul bastante desvaído, por cierto. Adiós.

Creí advertir en su tono algo levemente amenazante. Iba a replicarle, pero se esfumó ante mis ojos.

"Es como en los restaurantes", pensé. "Siempre se arrepiente uno del plato pedido. Debí haber dicho pianista".

Dos: Fantasmas del ayer.

Sí, es el nombre de una canción. Los poetas de cuello blanco prefieren otras frases, a su juicio de mejor familia; pero me quedo con esta, si pienso en el artefacto que se ingenió Pablo Castillo (quien vino a mi zarzo en compañía de Andrea Lara, su colega en el fústico empeño de revivir la presencia de nuestros viejos teatros, para siempre desaparecidos). Castillo lleva un buen número de años —de investigación, de creatividad— elaborando esa obra en marcha que me mostró: miras por una especie de binocular, y te topas, en 3D y profusión de enfoques, con las veras salas de los teatros Bolívar y Junín, en mala hora demolidos. Castillo, por supuesto, no pudo conocerlos; pero su admirable trabajo logra transportarte con temible solvencia a aquellos inexistentes recintos, hayas tenido o no el propecto placer de haberlos pisado alguna vez.

P. D. De *Evocación*, poema de cuello blanco (Sandra Uribe):

El alma sublevada / y la rosa que evoca el vacío de la espina.

Tampoco está mal.

CODA

Asalto en Kansas

Salió en la prensa: En Kansas, un energúmeno armado de megáfono informó a gritos a unos niños que Santa Claus no existía. La policía se lo llevó, por alterar el orden público. Cabe ahora a Santa impedir que el sujeto cambie el megáfono por una ametralladora. ☺

CURSOS BARISTA Y APERTURA TIENDA CAFÉ
Info: whatsapp 316 6681182 - max/cafemedellin@gmail.com

Maxi Café



Jorge Alonso Zapata
El taxista
Acrílico sobre cartón
24 x 34 cm
2005

Kianga es amar en embera

por NATALY ERAZO

Fotografías: Juan David Ortiz

Amar parece ser una meta impuesta, una línea por cruzar, un camino cercado por obstáculos con los que algunos tropiezan, otros caen, y en los que muchos se quedan orbitando. Pero para los protagonistas de este relato eso de amar parecía un cuento inventado.

A Brayan, por ejemplo, le costó un par de golpes, “golpes de albañil, que no es lo mismo”, mano pesada y puño certero. Golpes de papá. Fue en el año 2011 cuando decidió decirlo en voz alta, decir que era ho-mo-se-xual, y en el momento mismo en que lo hizo público, palabra dicha y entonada, su papá lo persiguió por la casa, le partió un palo en la espalda y lo hizo caer por las escalas.

Amar a alguien implica siempre el drama de lo incierto, pero cuando ese amor va dirigido a alguien de tu mismo género se suman las miradas de recelo, el dedo que señala. Y cuando la locación del romance es Urabá, se convierte además “en un acto de resiliencia”, como dice Brayan. Urabá, tierra prometida, bautizada así en katío, agua fértil, calor visceral, escenario de todas las formas de violencia.

En ese fragmento de Antioquia, con el recelo propio de las historias pasadas, se levantan pequeños grupos para vencer el miedo y defender la vida. Brayan es ahora integrante de uno de ellos, la Mesa Diversa de Chigorodó, una iniciativa que convoca al encuentro, no de quienes se reconocen iguales sino de quienes se aceptan en las diferencias.

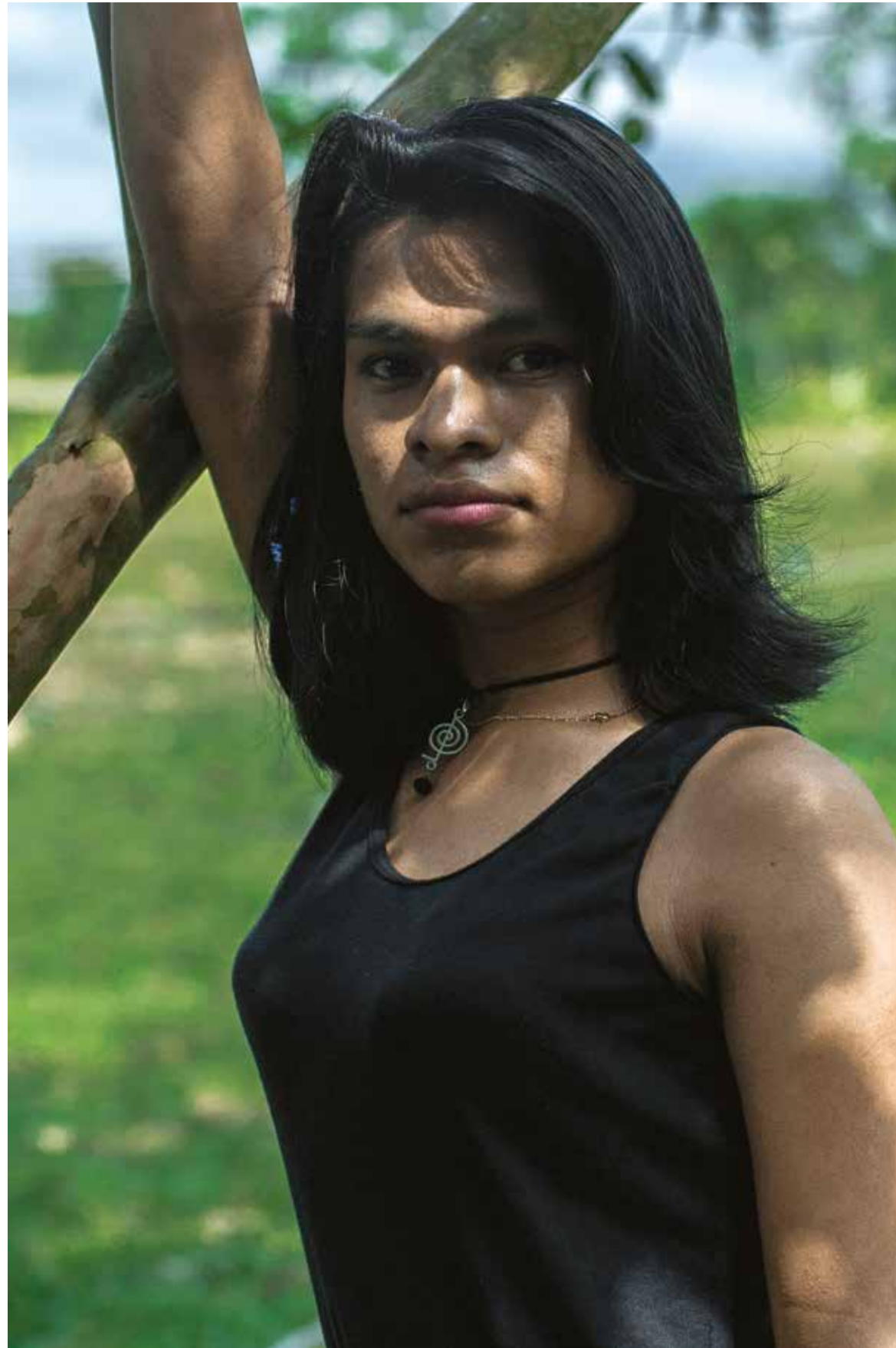
A la cabeza de la coordinación de equidad de género de este municipio está Tatiana Trigos, mujer heterosexual, liderando una causa que parece ajena. Pero es que la justicia no es bandera de pocos y en su valentía ha emprendido una “revolución amorosa” que le ha permitido a varias generaciones reconocer y abrazar su identidad.

“Es que yo soy maricón, así como se escucha. Por esto es por lo que hemos luchado, por el orgullo de decirlo en voz alta”.

A una hora de Chigorodó, siguiendo una extensa carretera cercada por plataneras, está Mutatá, y en medio de ese verde predecible aparece el resguardo indígena Jaikerazabi. Cuando se cruza el portón, la primera casita que se encuentra siguiendo el sendero es el quiosco digital, y adentro, cinco computadores de escritorio al mando de Nilson.

Nilson, rostro embera, cabello negro, *crocs* empantañados, yin ajustado y ojos que hablan en su maquillaje marcado, es líder. Su grupo le sigue, se sientan a su costado y él habla. Después, poco a poco, sus acompañantes también van narrando su historia, entre sonrisas tímidas, apagadas, ocultas en sus manos gruesas que intentan cubrirlas.

“Yo todavía no le he dicho a mi familia, pero ellos se lo sospechan”, dice uno de ellos, Wilton, “dentro de poquito le voy a decir a mi mamá”. Este grupo es el colectivo LGTBI del resguardo y su identidad les precede. De mirada ativa, pasos ondulantes, y nombres inventados y asumidos con valor, como el de Vannesa, que escucha mientras hablan de ella.



“Una monja le cortó el pelo para ‘arreglarla’, por eso lo tiene así cortico”, cuenta Nilson, mientras la protagonista del relato agacha su cabeza en un gesto suave, delicado, como toda ella. “Pero acá ya nos respetan, y hasta nos defienden cuando alguien nos trata mal”.

Por fortuna, Nilson hace parte de una familia que por décadas ha gobernado en la comunidad, y su vínculo con las autoridades ha hecho que para él y para todos sea más fácil salir del clóset, sí, que en lengua eyabida también se usa esa expresión.

Fue de los primeros, se consiguió un novio, vivieron juntos en la casa paterna y con ese ímpetu empezó a contagiar a aquellos que seguían disimulando sus maneras e imitando una masculinidad que no era de ellos. Armaron reinados de belleza y en el juego permitido se vestían de mujer en público.

Después fueron saliendo con sus trapos más allá de la pasarela y el espectáculo comenzó a vivirse en otros espacios. Más o menos cuatrocientos emberas, número que integra esta gran familia, fueron testigos de la actitud de unos jóvenes que ahora se permiten el goce de ser quienes son.

En este punto es cuando aparece Aldair. Alto, color canela, entusiasta, muy entusiasta. Líder por naturaleza, oriundo de San Pelayo en Córdoba. Dice que será el primer presidente homosexual, animalista, feminista y de Urabá. Vivió su infancia y adolescencia en Carepa, que significa papagayo,

y allí nació su vocación por el liderazgo social. De su papá, sindicalista bananero, heredó nuevas luchas, y ahora es integrante de la Red de Jóvenes Constructores de Paz de la Fundación Mi Sangre.

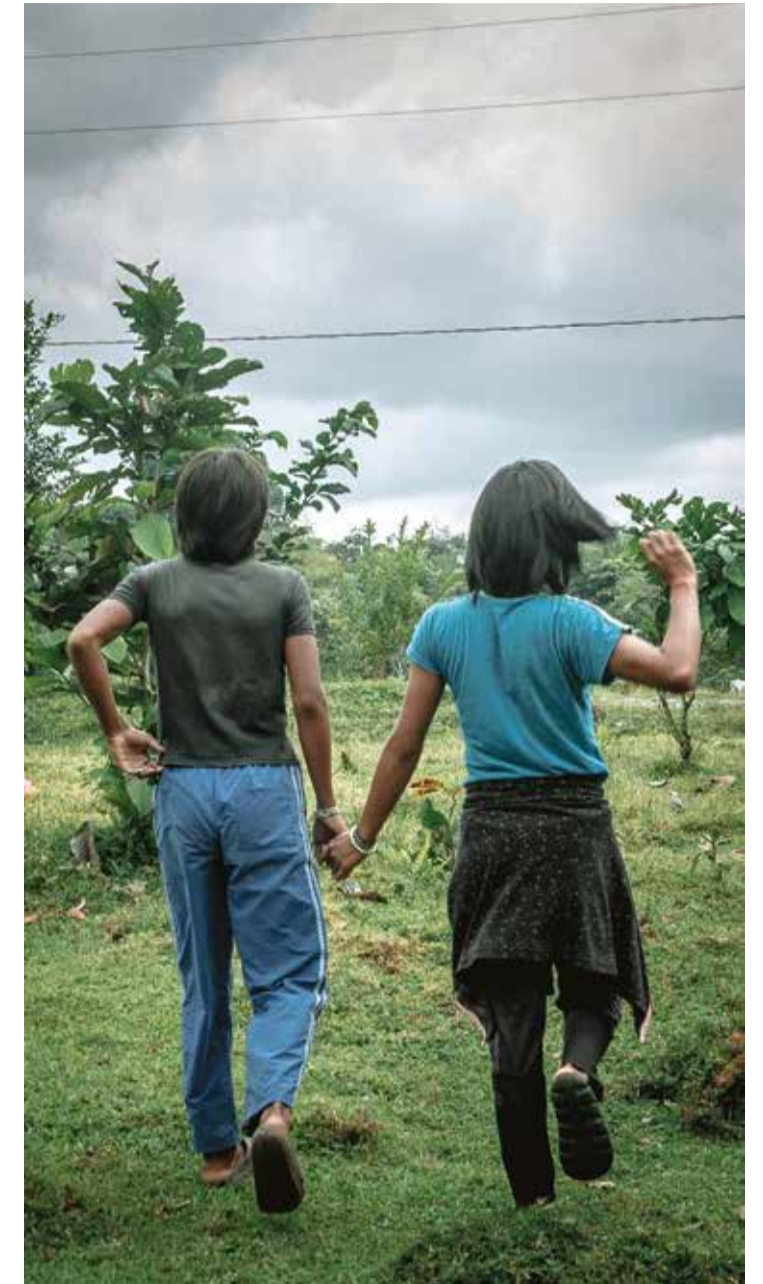
Una vez conoció lo que Nilson había logrado en su pequeño universo, decidió que esa muestra de valentía debía ser referente, “algo estamos haciendo mal acá afuera, porque allá adentro nos llevan años luz”, habla en su retahíla exaltada, y entonces empieza a desgajar su idea.

Conectar, esa es la meta, tejer una red de mesas diversas, de emprendimientos sociales con enfoque de género, llevar la voz de Nilson, Vannesa, Wilton a otros rincones de Urabá: “¿Tú conoces a alguien gay de San Juan?”, le pregunta Brayan a su amiga Sharlot en su risa escandalosa.

“Es claro que juntos somos más fuertes”. Esta red demuestra que ellos están ahí, que además están organizados, y esa es la forma de desafiar al supuesto orden de las cosas. Aldair, a sus veintidós años, lidera la creación de la primera red de colectivos LGTBI de Urabá, una propuesta inédita en la región que propicia el intercambio de saberes y poderes, el cruce de experiencias y prácticas.

Su incidencia política podría llevar a la formulación de leyes y a abrir el diálogo en el territorio. A ser sujetos políticos de una sociedad que todavía los condena por conjugar el verbo amar. ©

*Este texto hace parte de la estrategia de Prensa para la paz de la Fundación Mi Sangre.



Con tu apoyo le estamos devolviendo la vida a nuestro río Medellín

1. La población **crece constantemente** y debemos responder a esto con nueva infraestructura.

2. Con la entrada en operación de la Planta de Tratamiento **Aguas Claras** alcanzaremos **más del 84% del saneamiento** del río Medellín.



3. Para garantizar la calidad del servicio debemos estar **modernizando y renovando** nuestras redes de acueducto y alcantarillado.

La inversión en estos proyectos traerá una variación en tu tarifa de acueducto y alcantarillado.

Cuatro viñetas con cocaína

por LUIS ANTONIO MONTAÑA

Ilustración: Hansel Obando

1. Hace unos meses tuve la suerte de asistir a una extraordinaria exhibición de orfebrería precolombina de las Américas en el Museo Metropolitano de Nueva York. Me había llamado la atención la imagen del afiche de promoción que había visto en el metro: un gran pendiente de oro con la forma de un hombre-jaguar y la cola bifurcada; una joya magnífica y elegante, emblemática de los antiguos pueblos indígenas de Colombia, mi país natal.

Mentiría si dijera que no fui a la exhibición acicateado por la esperanza de ver un poporo. Y así fue, entre las asombrosas piezas de esmeralda, jade, platino y oro de pueblos mesoamericanos, andinos y caribes, encontré un poporo colombiano, o, mejor dicho, un poporo Calima-Yotoco. Permítanme describir su forma y luego exponer su función. Este poporo muy peculiar, tiene el tamaño y la apariencia de un sapito dorado compuesto de pequeñas láminas de oro. Tiene colmillos de gato, y de la nariz le guinda un aro de platino. También tiene garras, una cola, y un orificio en el lomo de donde sale un palillo fino de metal. Esta explicación se leía en su etiqueta:

“Contenedor de cal en forma de Jaguar. Este recipiente para cal (poporo) está hecho de muchas piezas de láminas metálicas unidas por aros de alambre. La delgada cucharilla con un puntal que se aloja sobre los hombros del Jaguar era usada para sacar polvo de cal”.

Un poporo es pues un recipiente para acarrear cal. Y se preguntará el lector crítico: ¿por qué necesitaban los calimas cargar con polvo de cal y por qué, además, en una vasija de oro tan espléndidamente labrada? La respuesta se encontraba en la etiqueta del objeto contiguo al poporo, un palillo delgado de oro, de unos veinte centímetros de largo y con un mango o puntal tallado en la forma de un hombrecito:

“El polvo de cal, obtenido de las conchas marinas, es un catalizador de los alcaloides que contiene la hoja de coca, la cual produce un efecto psicoactivo

moderado cuando se mastica, una práctica ritual en los Andes. Este extractor de cal o palillo se usaba para sacar el polvo de su contenedor”.

2. En octubre de 1914 *The New York Times* publicó un reportaje que hoy, más de cien años después, es un hito en la historia de la lucha contra las drogas. He aquí su encabezado: “Demonios negros cainómanos, la nueva amenaza del sur”. Más abajo en el subtítulo se lee: “Asesinato y locura aumentan entre los negros de las clases bajas, aficionados a inhalar cocaína debido a la ausencia de *whisky* desde la prohibición”. El autor comienza hablándonos de las noticias que llegan desde Tennessee, Misisipi y Georgia donde las historias de asesinatos perpetrados por consumidores de cocaína son cada vez más frecuentes y alarmantes.

Nos cuenta la historia del jefe de policía Lyely, de Asheville, Carolina del Norte, quien tuvo que enfrentar la furia de uno de estos enajenados que, según escribe el reportero, andaba “corriendo amok”. El jefe de policía Lyely recibió la noticia de que un negro, hasta entonces conocido por su mansedumbre, había amenazado con apuñalar a un tendero en medio de un frenesí de cocaína, después de haber azotado salvajemente a los habitantes de su propia casa. Cuando

el *sheriff* intentó arrestarlo, el endemoniado cainómano se precipitó sobre él blandiendo un cuchillo con el cual lo hirió de gravedad en el hombro. Al verse en una situación de vida o muerte el jefe Lyely no tuvo otra alternativa más que propinarle un disparo a su oponente. Sin embargo y para su sorpresa, no bastó con un tiro en el pecho para detener al energúmeno, sino que fue menester un segundo disparo en el abdomen. El autor relata que a continuación, el jefe Lyely, que se había quedado sin balas, remató al negro con su macana.

El resto del artículo consiste en una severa admonición ante los peligros de la cocaína, que los negros obtienen no se sabe muy bien si de los hospitales o de las farmacias, y que consumen como sucedáneo del alcohol. A manera de colorario el autor estima que la diferencia fundamental entre la locura del *whisky* y la de la cocaína, es que la cocaína no solo vuelve a los negros más fuertes y agresivos, sino que además les otorga resistencia a las balas y los dota de una puntería mucho más certera.

3. En el nororiente de Colombia, en los Andes tropicales, corre un río caudaloso de copiosos afluentes llamado Catatumbo. Las personas que habitan en su ribera están entre las más pobres y olvidadas de Colombia, lo que es mucho decir en este país pródigo en inequidades. La única fuente de subsistencia que han encontrado los campesinos de esta región es el arbusto de coca, una planta lustrosa y pertinaz que se siembra allí, a pesar de la prohibición, desde hace más de veinte años.

Hoy en día hay 28 mil hectáreas de coca sembradas en el Catatumbo (una hectárea equivale al tamaño de dos canchas de fútbol), que se disputan guerrillas, narcos, paramilitares y el ejército colombiano en la guerra que se libra por el control de los cultivos y las rutas de exportación (como si fuera poco, en el último año también se han sumado a esta vorágine los carteles mexicanos).

Albeiro Celis es un labriego que vive en la vereda Mesitas, a dos horas del municipio de Tibú. Es un caserío aislado al que solo se puede llegar en moto por un camino de herradura. La finca de Albeiro es poco más que una cabaña ruinoso con una empalizada, una cocina de concreto, cuatro hamacas y un galpón de gallinas. A un costado del lote se alza “el laboratorio”,

es decir, el cobertizo donde se procesa la pasta base de cocaína a partir de la hoja de coca triturada.

Los narcos compran la pasta de coca a campesinos como Albeiro y las guerrillas cobran un impuesto de “protección” a los cultivos, lo que equivale a una extorsión para los pequeños cultivadores. Con las dos hectáreas de coca que tiene a Albeiro apenas le alcanza para subsistir, alimentar a su familia, pagarles a los sobrinos que le ayudan “cocinando” y comprar los insumos necesarios para producir la pasta base: cal, gasolina, ácido sulfúrico y soda cáustica, entre otros.

Hace seis meses Albeiro recibió una visita inquietante: cuatro hombres armados con pistolas y machetes llegaron a su finca antes del mediodía. Lo primero que le dijeron al llegar fue que no se preocupara, que sus hijos, una niña de trece años y un niño de siete, estaban muy juiciosos en el colegio, y que así seguirían en tanto él les colaborara. Luego le explicaron que desde ahora ellos le iban a comprar la producción de pasta base porque don Chucho, con el que antes negociaba, les había vendido a ellos. Albeiro comprendió la situación y les dijo que a él no le importaba quién le comprara siempre y cuando no hubiera problemas y se cancelaran las cuentas a tiempo. En prenda de buena fe los hombres le dieron un generoso adelanto de 220 mil pesos y acordaron visitarlo en un mes para recoger el producto: dos arrobas de pasta de coca.

A la semana siguiente llegaron rumores de que un nuevo capitán del ejército de la trigésima brigada de Cúcuta se había propuesto erradicar, no se sabe si por iniciativa propia o por órdenes del gobierno nacional, la coca que pudiera encontrar en Mesitas. Ese domingo al rayar el alba, veinticinco soldados y un sargento

llegaron a la finca de Albeiro, le arrancaron todas las matas y le quemaron las dos hectáreas de coca: todo lo que tenía en el mundo lo perdió en un santiamén. Para que no se lo llevaran preso Albeiro le dio al sargento cien mil pesos, prácticamente lo único que le quedaba. A continuación, hizo las maletas, su mujer tomó a los niños y huyeron hacia la ciudad.

4. Este último verano tomé cocaína dos veces. Podrían haber sido más, pero el verano se pasa volando y me tocó trabajar sin parar todos los fines de semana. Un viernes de finales de agosto mi amigo Graham (a quien conocí hace un año cuando trabajábamos en el mismo restaurante) me invitó al apartamento de un amigo suyo en Greenpoint. El apartamento era espacioso y tenía una terraza amplia en el último piso donde se podía gozar del bálsamo nocturno y del cielo estrellado. Compramos cervezas, Graham me presentó a Sam, el dueño del apartamento, y luego nos sentamos a conversar. Me comentaron que Sam conocía a *dealer* que comerciaba con una cocaína de magnífica calidad y que si me interesaba podíamos comprar un gramo entre los tres esa noche. La idea me pareció espléndida.

Cuando llegó el jbaro con el perico bajamos a la cocina. De repente mis amigos hicieron algo que me pareció extraño: pusieron una olla con agua a hervir sobre la estufa, y cuando el vapor empezó a emanar, uno después del otro se cubrió la cabeza con una toalla y se inclinó sobre la olla inhalando el vapor. ¿Qué carajos están haciendo?, les pregunté asombrado, ¿caso ambos sufren de neumonía? Con serenidad de profesor, Graham me explicó que se aspira el vapor de agua para dilatar

los alvéolos y los conductos respiratorios y de esa forma estimular la absorción de la cocaína. Yo, que creo firmemente en que a donde fueres haz como vieres, también me puse la toalla en la cabeza y aspiré el vapor de agua; acto seguido, me *huelí* dos líneas del distinguido polvo.

El resto de la noche la pasamos muy bien, un poco más tarde llegó Camila, una amiga de Graham que vive en México, y a propósito de la cocaína nos contó que acababa de ver en el Whitney una exhibición de Hélio Oiticica, el artista brasileño del neoconcretismo conocido por su afición a la coca, y quien murió a los 42 años de un ataque cardíaco. La velada transcurrió tranquila, entre copiosas cervezas y generosas líneas de aquel producto de irreprochable calidad.

Asaetados por el clorhidrato de cocaína y su feliz concilio con el alcohol, conversamos sobre música, política y filosofía. Por ser provocativo se me ocurrió decir que el azúcar era más adictivo y mataba más gente que la cocaína. Graham estuvo en franco desacuerdo conmigo, pero finalmente admitió que la guerra contra las drogas es un despropósito criminal que tiene las cárceles de Estados Unidos llenas de negros y latinos.

Después de un par de horas me fui para la casa porque, aunque la noche era fresca y yo gozaba de una sensación de triunfo y clarividencia, en seis horas tenía que irme a trabajar. Al día siguiente me sentía tan reposado y de buen grado que le envié a Graham este texto: “Hola, me siento leve e inopinadamente feliz esta mañana, si no lo supiera, diría que la cocaína es incluso buena para la salud, ¿tienes el número del *dealer* de Sam?”. A lo que me respondió: “No, no lo tengo, esa coca es tan buena que deliberadamente he evitado guardarlo entre mis contactos”.



Tenemos una cita con la lluvia, los mares, los ríos y la sangre del Chocó.



2ª Fiesta de la Lectura y la Escritura del Chocó.

SOMOS AGUA.

Marzo 20 al 24, Quibdó
Marzo 28, 29, Bahía Solano

MOTETE
• contenidos que tejen •

@flecho.co
@flecho_co

Al menos

por TOMÁS LOPERA JARAMILLO

Ilustración: David Giraldo Pineda

Dicen que la fila comenzó al lado de la Catedral Metropolitana. Que se juntaron unos jubilados bregando a reclamar la pensión en un banco del Estado —con el enjambre de señoras ofreciéndoles préstamos a tasas de usura o coqueteándoles a ver si se levantaban uno y recibían esa platica mensual— y una gente reclamando medicinas en la Entidad Prestadora de Salud (EPS). Que de un momento a otro terminaron dando la vuelta a la manzana, avanzando en zigzag hasta San Juan y ahí se armó también el chisme de que si uno metía plata en un negocio, le devolvían el doble a fin de mes. Entonces la gente corrió a asegurarse un puesto en la fila porque aquí bobos no somos y sabemos que los primeros que llegan a la pirámide son los que cobran. Los de abajo son los que terminan fregados.

Ese día salí para el Centro a comprar las dos láminas del álbum del mundial que me quedaban faltando —el escudo de Polonia y la copa mundo—. No las había querido comprar en El Poblado a precios de gente que ni se baja de la Toyota de vidrios ahumados. Quería conseguir las a precios del Centro, a precios de gente que va caminando como quien no quiere la cosa y se acerca desinteresadamente, uno diría que por error, a preguntar y regatear quince minutos:

“Le doy mil menos” y el otro: “Pero ¿cómo se le ocurre?, si antes se la debería cobrar a mil más, vea que es que están muy escasas... No, es que ya me hizo pensar en que se la estoy dejando es muy barata”, y así, en ese tire y afloje en que uno termina pagando el precio que el vendedor tenía en mente, pero con la sensación de haberla sacado regalada. Esa sensación me pone efervescente, no sé por qué. Quizá porque estoy muy pelado y me alegra cualquier peso que me ahorre. Me bajé del metro en San Antonio y caminé debajo del viaducto que sombrea la carrera Bolívar y su comercio de remates, empanadas y pollos fritos. Llegué al Parque Berrío, subí por Colombia, crucé Junín y me metí por el Pasaje La Bastilla (que para mí siempre ha sido un infierno, un infiermito de una cuadra con condenados a pantalones de prensas de telas sintéticas, camisas de figuras geométricas y aires alcohólicos). Una cuadra más allá conseguí las láminas. Una fue más barata, porque era “colombiana”.

—Imagínese hermano —me explicó el comerciante de coleccionables—. ¡Qué problema!, dicen que es que andan mal de plata, allá en Italia, ¿sí me entiende? Se murió don Giorgio Panini, el dueño del chuzo, el que fundó la empresa, y quedaron fue los hijos, cuál más calavera que el otro, y vea, sacan este álbum que tiene

láminas imposibles de conseguir como para que la gente gaste más. Pero bueno, afortunadamente el paisa nunca se vara, y vea, mírela sin compromiso, es igualita a la italiana, pero yo le soy sincero, es hecha aquí a dos cuadras. Nosotros sí somos unos berracos definitivamente.

Me llevé la lámina pirata, que no es igualita, pero pasa, porque yo también soy así, paisa, y no me varo y estoy sin trabajo desde hace dos meses.

Como terminé la vuelta temprano me fui a quemar tiempo por ahí. Ya huelo a podrido en la casa, me da pena del portero, que sabe que no salí en todo el día, de la empleada que va por días —antes eran tres días, ahora solo uno, porque tocó recortar—, que sacude, que trapea y ve que yo no hago gran cosa. Pero sobre todo me da pena de mi mujer, que me mira por el raballo del ojo, con la paciencia agotándose, mientras se viste para salir a la oficina, y yo hago como si no me diera cuenta y sigo viendo la repetición de Barcelona vs. Real Madrid de la Supercopa de España 1997. Me devolví por Junín, atravesé el Parque de Bolívar y me planté al frente de la Catedral Metropolitana. “La catedral de ladrillo cocido más grande del mundo”, dijo alguna vez un tío, orgulloso de esos orgullos que nos encantan por aquí en esta tierra montañosa. Me acordé del encargo de mi mujer, la plancha antigua

que quiere para decorar una fondita que tiene el suegro en la finca, así que giré a la izquierda con la idea de que por allí alguna vez había visto anticuarias. En ese momento vi la fila por primera vez. Me pareció normal, no le miento, en este país es normal que un enfermo haga fila para que le den sus remedios, para entrar a Crepes & Waffles, para sacar el carro de los patios del Tránsito, para pagar un paquete de cigarrillos, aquí siempre hay que hacer fila. Pero puede que ahí haya comenzado todo. Seguí bajando la cuadra y vi una peluquería de viejo, blanca, con un espejo de toda la pared donde se reflejaban cinco sillas clásicas de barbería, cómodas, aparatosas. Las mesas y cajones estaban flotando debajo del espejo y eran de un material plástico que imitaba el mármol. Una señora que se llamó para mí Mercedes De-Algo Jaramillo Restrepo Uribe estaba leyendo una revista *Caras* mientras le cepillaban el pelo teñido de rojo. Seguí caminando. Un travesti esperaba cliente sentado mientras miraba el celular. En la mitad de la cuadra encontré la primera anticuaria. En la entrada, el dueño esperaba sentado.

—¿Puedo? —pregunté.

—¿Qué buscaba? —respondió.

—No sé.

Ni bobo que fuera, no le iba a decir de primera que quería una plancha antigua para que supiera y me cobrara bastante por ella, yo tengo mis técnicas, así que dije:

—Quería mirar, a ver de qué me antojo.

—No —dijo él, cortante—. Tengo que salir, y usted tiene cara de demorarse mucho. Al frente hay otra, vaya allá.

Confundido por las repuestas anticomerciales del señor y un poco irritado, pasé la calle y entré en un espacio de dos por tres metros donde había cinco hombres hablando animadamente y muchos objetos viejos. “Siga, mi don, sin compromiso”, dijo el que debía ser el dueño. Arriba, colgado con un lazo podrido, un carrito de lata se mecía sobre nuestras cabezas. “¿Va a tomar tinto?”, me ofreció otro, el más joven. “No, gracias, no bebo”, respondí haciendo gala de una bobada muy mía, ser dizque chistín para intentar caerle bien a todo el mundo. Creo que a fin de cuentas logro lo contrario, porque generalmente son chistes flojos y la gente se da cuenta de mi inseguridad, quizá por el tono, o la mirada al piso. Al menos los señores sonrieron. Miré alrededor, a decir verdad, la selección no era muy buena. Los juguetes pequeños estaban en mal estado, las cajas de medicinas y tónicos que presentaban algún interés, descuidadas y rotas. Di un rodeo esquivando cuerpos de viejos y salí despidiéndome de esos anticuarios tomadores de tinto con una sonrisa y las manos vacías.

Me devolví por la misma calle y me extrañó no ver al travesti y que la peluquería estuviera vacía y cerrada. Al llegar a la esquina divisé a Mercedes De-Algo Jaramillo Restrepo Uribe y al hombre con tetas integrados a la fila, casi de últimos, esperando sin avanzar. Me pareció extraña la imagen de una señora tan tradicional al lado de otra tan poco tradicional, pero me alegró que en Medellín ya se vieran cosas como esas. En un comienzo me pareció que la fila iba hacia la EPS, pero no se podía saber claramente. Seguí caminando sin prestarle mucha atención al asunto y me metí al Parque de Bolívar. Vi muchas caras. La gente, la gente de aquí, del Centro de Medellín, mi gente, tan variada, tan diferente, tan trágica, tan cómica, tan alegre, tan desesperada. Tanta gente. Frente a

la Metropolitana se reunía un rebaño de gringos de chancias *flip flop* y aseo dudosos atentos a una muchacha que les explicaba en inglés con fuerte acento paisa: *as you see, here there are all kinds of things, legal, illegal, everything*. Me reí suavemente del turismo que busca la realidad, que quiere sentirse no-turismo. Me burlé de mí mismo yendo a los mercados de Lima o de Salamina, Caldas —cuando había con qué pasear—, a ver cómo merca la gente de verdad. Como estos gringos, que seguro se pondrían felices si un gamín les roba el *mobile phone* porque tendrían una experiencia nueva y auténtica, todo eso.

Entré un segundito a Ali Baba, el *sex shop* de ahí de la esquina de Junín, porque aunque no soy un perverso, ni nada de eso, he ido incorporando algunas ayudas a mi numerito, que, después de ciertos años de casado, oxigenan —o bueno, a mí me han servido—. Cuando salí, la fila ya pasaba la calle hacia Junín y los carros pitaban pidiéndole a la gente que se quitara, pero nadie quería perder el puesto con otro más vivo y se apretaban entre ellos impidiendo el paso de los carros, lo que producía unas horas más tarde un taco monumental. Atravesé las humanidades hiladas como pude y me fui rapidito a ver si cogía el metro y llegaba a la casa antes que mi señora y alcanzaba a esperarla con un vino del D1, o algo así, para bajarle la aspereza. Subí las escaleras de a dos escalones y llegué ahogado arriba, tomé aire, pasé la Cívica, que tenía ya un saldo mínimo, y entré a la estación. Mientras esperaba la llegada del tren miré abajo, en ese plano cenital tan bonito que se produce desde las alturas de esa mole concreta que son las estaciones del orgullo de los antioqueños. Ahí sí me sorprendí mucho, porque abajo, ordenada, la fila seguía creciendo. El sonido chirriante del tren me sacó de mi sorpresa y me monté pensativo. Saqué el celular y me fijé a ver qué decían en Twitter, pero no pude ver nada porque no tenía datos. Tuve que esperar a llegar a la casa. Me puse a buscar, con numeral y todo, #filaenlcentro, cosas así, pero nada. En esas estaba cuando llegó mi señora. Mejor dicho, me encontré en las mismas de siempre, en el computador, sin hacer nada. Me saludó y me preguntó que qué había hecho en todo el día. Le conté que mirar clasificados en internet, mandar un par de aplicaciones y bajar al Centro a conseguir las laminas del álbum del mundial que me faltaban. “Te rindió entonces”, dijo torciendo la boca y tomando paso rápido a la habitación.

Al otro día me levanté temprano a prepararme el desayuno pero los huevos se me pasaron de punto y la yema quedó dura, la arepa sin tostar, el café aguado. Ella no dijo nada, dejó todo medio picado y se fue porque tenía afán. Yo prendí el computador y me metí a computarabajo.com y eempleo.com a ver si salía algo nuevo, pero nada. Las mismas tres o cuatro ofertas serias y una decena de convocatorias a “profesionales en todos los campos” que no eran más que estafas o ventas de cursos de inglés. Decidí salir a trotar un rato. Uno cuando tiene trabajo no hace sino pensar en que qué bueno tener tiempo para leer, hacer ejercicio, ir a la finca en semana, cosas así, pero cuando tiene el tiempo no piensa sino en plata y en qué cuentas faltan por pagar y cuánto queda de la liquidación, entonces no trotar ni hace ejercicio y mucho menos se va para la finca en semana, porque un desempleado pasando bueno no es bien visto. Al menos eso me pasa a mí. Me puse el atuendo trotador y salí

con toda la intención de hacer cinco kilómetros y sacudirme la mala racha. Con los primeros pasos cambié la meta, de cinco a tres kilómetros y sentí que el aire inmundo de las horas pico llenaba mis pulmones perezosos. El tráfico era imposible, realmente imposible. Pasé por el frente de Otraparte y ahí ya los carros estaban casi detenidos. Me alegró no tener que ir a ningun lado, pero pensé en mi mujer, atrapada en esa jaula marca Renault desesperada por llegar a tiempo donde un jefe al que odia, a hacer un trabajo que no quiere hacer. Unos días antes de que me echaran del trabajo habíamos decidido que ella iba a renunciar para dedicarse a escribir. Era lo que quería. Hace años. Ha publicado un par de cuentos en *El Colombiano* y en una revista de Barcelona. Siente que es su momento. Pero llegó el “Lo sentimos, es un recorte general por políticas de los nuevos dueños. El departamento de contabilidad será asumido por un *outsourcing* en Singapur”. Todos los planes al carajo. Cuando llegué al Parque de Envigado, ahogado y bañado en sudor —porque uno en el carro no se da cuenta, pero eso es todo subida, leve, pero subida—, me sorprendí de encontrar una fila larga, y entre las caras formadas una tras otra, la de un excompañero de oficina.

—¿Qué más Carlos, qué se dice? —me acerqué.

—Uy, papá —respondió como sin reconocermee—, bien, por aquí en la fila.

—Eso veo, eso veo, ¿no se acuerda de mí?, Ramírez, de contabilidad.

—Ah, sí, sí —pero era claro que todavía no—, ¿qué más, Ramírez?

—Bien, llevándola. No me esperaba que me sacaran así, al otro día. Esos mexicanos que compran la empresa y en un día ya habían sacado todo el departamento de contabilidad.

—Sí, sí. Nosotros salimos a los tres días. Ya el departamento de tecnología queda en la India.

—¡No jodás! —dije fingiendo sorpresa, porque eso se supo, los mexicanos sacaron a todo el mundo.

—Pues sí. Aquí estoy en la fila, al menos.

—¿Cómo así? ¿Para qué es esta fila?

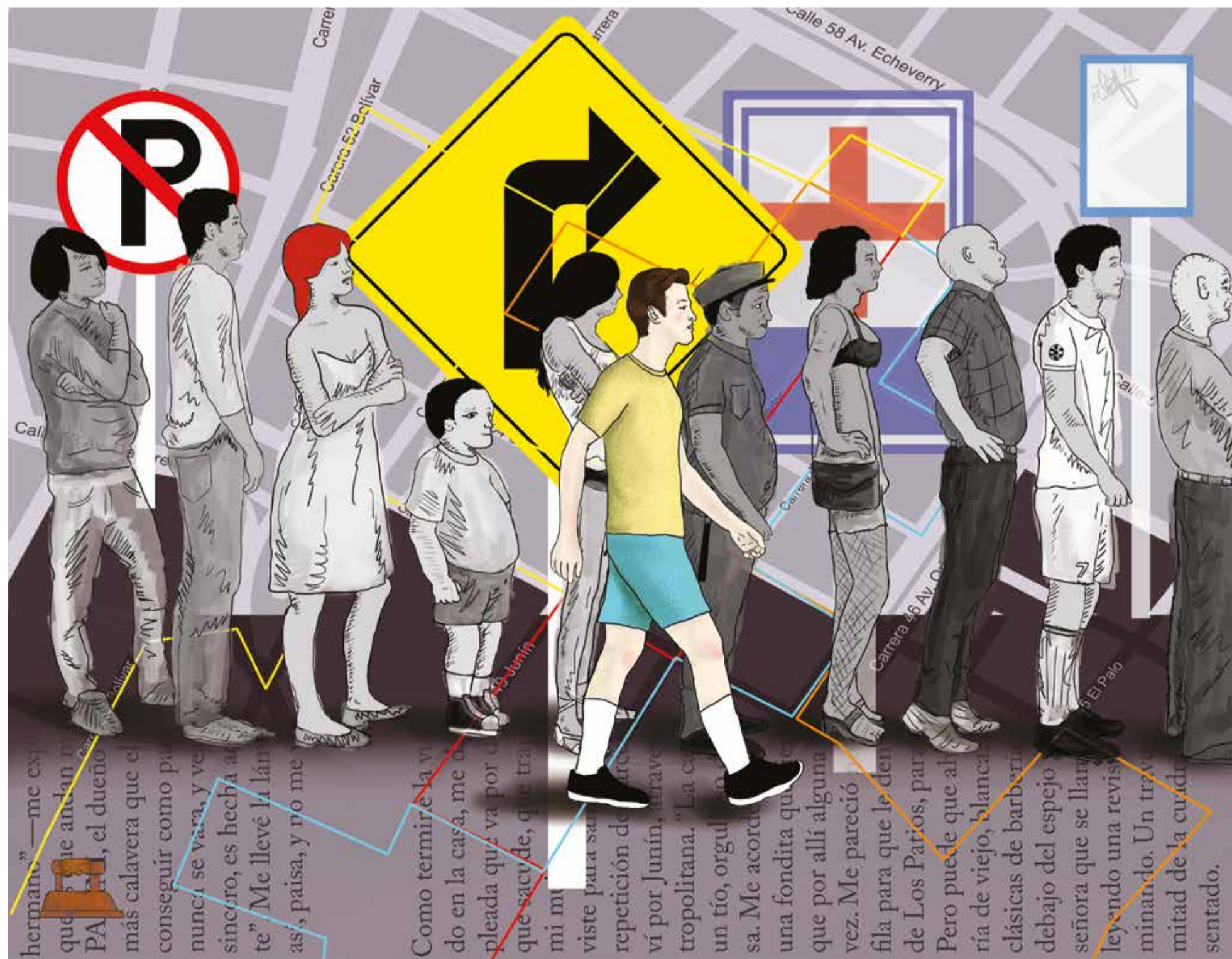
—¿No supo? Dicen que hay una pirámide nueva, que lo que usted meta se lo doblan en un mes. Yo voy a meter lo que me queda de la liquidación.

—Uy, ¿pero en eso no termina uno perdiendo siempre?

—Pues hombre, me extraña la pregunta, siendo usted contador. Claro que algunos pierden, pero no todos. Los primeros ganan, esperer ser de los primeros, una señora aquí adelante me dijo que siempre estábamos avanzaditos y con el tamaño de esta fila, creo que nos da —dijo ya distraído, mirando encima de las cabezas intentando ver lo más lejos posible.

—Ya. Bueno, así quedamos, suerte.

Seguí persiguiendo la fila para ver dónde paraba y le pregunté a varias personas qué hacían ahí. Un niño me dijo que era un concierto de Paw Patrol gratis en La Macarena, que se necesitaban dos tapas de Pony Malta contramarcadas. Un señor mayor me dijo que era que estaban abriendo una tienda de cosas americanas muy finas, cosas que no se consiguen en Medellín y que, si se consiguen, son muy caras, que iban a abrir con unos descuentos muy tremendos, que si quería me podía meter, pero le tenía que dar veinte mil. Una mujer me dijo que era que había una convocatoria para una *reality* y que ella se había preparado toda la vida para una oportunidad así, dijo que tenía más de mil seguidores en Instagram. Ella sabía que ese papel era de ella. Después de dos o tres horas de caminar y preguntar tuve esa sensación de mierda otra vez. Desde que perdí el puesto la siento llegar, de repente, como una cachetada de cuerpo entero, un desasosiego que me impide disfrutar de cualquier cosa, una insipidez colosal, una tristeza. La vergüenza de estar perdiendo el tiempo. Con tantas cosas que dije que iba a hacer: conseguir la plancha antigua, pintar los marcos de las puertas del apartamento, ordenar el cuarto útil o instalar por fin esas repisas que compramos en diciembre. Buscar trabajo. Buscar trabajo de verdad. Pero es que la fila no se acababa, hermano, y cómo me iba yo a quedar sin saber hasta dónde era que iba. ©



COCINA TRADICIONAL, SALUDABLE Y CONSCIENTE

El Túnel

BISTRÓ

Carrera 42 # 54-62
Medellín, Colombia

Tel: (+574) 479 87 45

@EITunelCyc
eltunelcyc@gmail.com
www.eltunelbistro.com.co

Nueva sucursal en Laureles

En Grammata no solo vendemos libros, también nos gusta hablar de ellos.

LIBRERÍA GRAMMATA

Teléfono: 260 56 85
Carrera 72 # C3-25 (Barrio Laureles) | www.librerigrammata.com

Encoñe literario

Hace unos días Carlos Cebolla me preguntó quién era mi autor favorito, mi dios literario. Carajo, ¿un dios?, pensé en silencio, no tengo la menor idea. Estábamos al pie de una quebradita, cerca de su cabaña jipi, sentados a la sombra de un pino mirando bajar el agua por la montaña como si la vaina fuera de lo más entretenida. Y lo era. Mirar y escuchar sin decirnos nada. Pero se nos acabó la dicha del silencio y de lo que corría por el agua.

¿Mi autor favorito? Le dije tratando de ganar tiempo. Otro plon y otro empuje. ¿Mi encoñe? A ver, hoy por hoy, mi encoñe podría ser el señor Enrique Vila Matas.

Carlos Cebolla me miró sin creerlo. Pues, pero he tenidos otros amoríos, le dije y me adelanté para salvar mi pellejo de una cantaleta segura.

Carlos alzó las cejas como un reto. A ver ¿quién? Me ha gustado Montaigne, Henry Miller, Bolaño. Muchos. No, diga uno solo, corrigió Carlos. Está bien, pero, pues, no es un dios, dije pensando en el lodazal en que me hundía, es para mí un semidios: Fernando Vallejo, dije para salir del aprieto. ¿En serio? Carlos arrugó la frente. De la literatura colombiana, digo, me adelanté para limitar la vaina. Bueno, está bien pues, accedió él, hablemos solo de literatura colombiana. Bien, dije yo, un semidios de la literatura colombiana es Fernando Vallejo.

Otro plon y otro breve silencio. Menos mal dije semidios, pensé, porque así me daba un poco de margen de discusión. No sé por qué, pero pensé en Giral cuando decía que acá nos falta crítica, medios, escritores que comenten, lectores de ensayo, ensayistas, nos falta un ecosistema de comentaristas artísticos. Y no sé por qué también me puse a pensar en Val-Ardi-Lo. Otro empuje. Otro plon. Desee que volviera, que hubiera valido la pena haber intentado ser un romántico, como en la canción del Barón Rojo, “la magia no se romperá”, y sentí que me cayó encima el efecto, no importa, “todo está bien si estás aquí”.

También agradecí haber salido del tema dios literario y haber entrado a algo más concreto como la literatura colombiana. Bueno, tampoco es un semidios, le dije a Carlos. Digamos que es un patrón que frecuento, me da por seguirle la pita una semana, una semana cada año.

Carlos Cebolla se quedó callado y más adelante seguimos comentado el canon de la literatura colombiana. Decía que le gustaría revisarlo, al menos, volverlo a leer. Cuando me lo dijo me pareció un poco pretencioso, pero luego me pareció muy razonable. Siempre es bueno no tragar entero y verificar por cuenta propia. A Carlos le gustaban las listas, los *top five*, los *top ten*, enfrentaba en el *ring* escritores y armaba desafíos entre equipos y escuelas literarias. Por eso su pregunta por el dios literario no me sorprendió. El hombre era de esa talla. Otras veces me había preguntado por la escritora favorita o por la mejor novela erótica.

Hace unos años el hombre cambió su vida. Pasó de peligroso pistolero a ser parte vital de una biblioteca pública en el corregimiento de Santa Elena. Allí tenía un taller de escritura creativa ecológica. Pasó, no sé cómo, de sicario a jipi-abraza-árboles. Lo conocí en uno de los talleres de escritura que dirigí en la cárcel, donde era uno mis alumnos, aunque lo que más le sedujo fue la lectura, prueba de su inteligencia. Por cuenta de sus lecturas acumuladas en el camarote de la prisión tal vez creyó que mi encoñe literario era Stendhal, Cervantes o Víctor Hugo. Pero no. Por su puesto que me gustaba mucho Wilde, Poe, Stevenson y Montaigne, y sufrí un encoñe anacrónico cervantino. Y aun así, yo tampoco iba a ser tan altanero como para contestar con semejantes nombres.

Carlos tenía la biblioteca en el segundo piso de su cabaña, un lugar que consideraba sagrado, o al menos eso creía yo porque nunca me había invitado a conocerla. Eran las seis de la tarde cuando me

despedí. Caminando por entre bosques, antes de la carretera, me quedé pensando en Roberto Bolaño. El hombre decía que Borges era un dios. La hora de venir a acordarme de esto. Pero entonces: cuál sería un buen criterio para seleccionar uno entre una docena, uno solo, como dios personal, un encoñe literario.

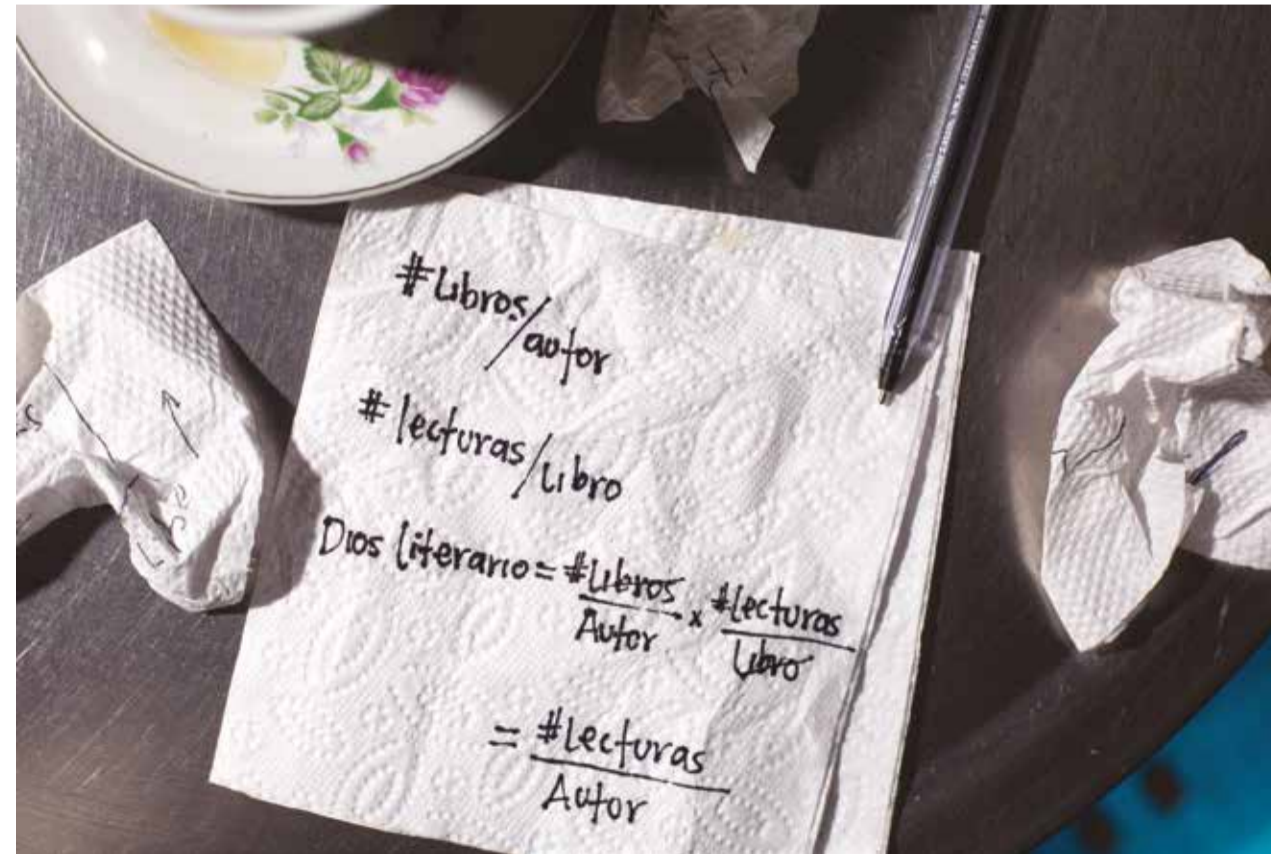
Bajaba por la loma de la finca de Carlos, con el riesgo de pegarme un resbalón, cuando caí en cuenta de una obviedad. Es muy diferente un dios a un encoñe. Un dios es una religión, un encoñe un capricho. La pregunta de Carlos Cebolla estaba errada. Como decían los abuelos, había mezclado peras con manzanas. Una cosa es preguntar por el dios y otra por los encoñes literarios. Lo que pasa, y me fui por las piedritas, es que una historia de pasión puede volverse muy fácilmente una historia de amor, así como un encoñe muy fácilmente puede volverse una religión.

Encoñes literarios se tienen de manera continua, fantasías, novelas que solo atrapan un fin de semana, un mes, y luego chao que te vi. Pensé en Stieg Larsson, y su saga *Millennium*. La historia resistió un recuerdo, una opinión positiva, pero jamás una relectura.

¿Pero un dios? ¿Cómo saber si uno tiene un dios literario?

Ya en la ruta de bajada, en el carro, no dejaba de pensar en el asunto. Para saber si uno tiene un dios literario, mínimamente debe tener todos los títulos del autor en la biblioteca personal. Haberlo leído todo por lo menos dos o tres veces. Y lo más importante, creo, lo irreductible, con lo grande que es esa palabra, es que a pesar del tiempo a un autor se le conserve la fe.

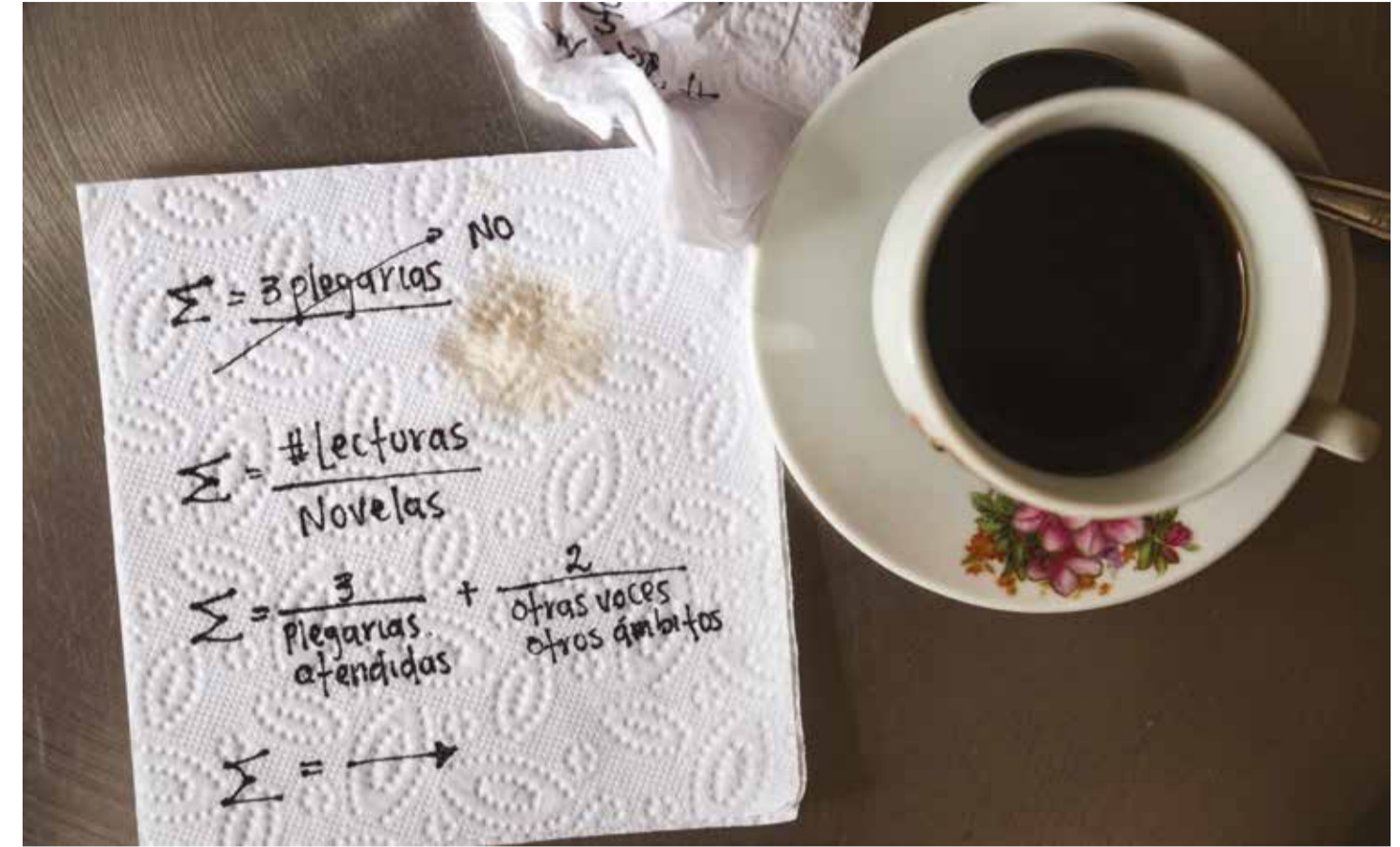
Bajando me antojé de chocolate con arepa y queso. Esperando en la mesa mi pedido, me dio por ponerme a calcular un indicador en una servilleta. A ver, número de libros por autor, es decir: libros/autor. Y el número de lecturas por libro, así: lecturas/libro. La ecuación de dios literario podría quedar así:



Por ejemplo, de Truman Capote he leído siete libros. Y he leído por lo menos tres veces *Plegarias atendidas*. Me quedé pensando. No solo he leído tres veces *Plegarias atendidas*, sino, por lo menos, dos veces *Otras voces otros ámbitos*. Carajo, maldije con el lapicero en la boca. Entonces tengo que hacer una sumatoria.

por ANDRÉS DELGADO

Fotografías: Juan Fernando Ospina



Menos mal llegó mi chocolate y mi arepa con quesito y ya no hubo tiempo de seguir con el bendito indicador. Aun así, seguí echando cabeza. La sumatoria no me daba. La conclusión: con razón me fue tan mal estudiando ingeniería.

||

Al mes volví a visitar a Carlos Cebolla. Esta vez vi un revólver 38 que brillaba en la barra de la cocina. Carlos mantenía una vida de estrato medio alto, un jipi bien bañadito y tomando *whisky*. El hombre tal vez seguía con algún negocio de los bajos fondos. Cuando notó mi cara de imbécil mirando el revólver, me dijo que de vez en cuando practicaba tiro. Para no perder mis propiedades, dijo.

“Para no perder sus propiedades”, pensé, propiedades de gatillero creo que quiso decir.

Entonces me invitó a subir a su biblioteca. Me explicó que practicaba tiro al blanco con sus libros. Sus ejemplares de *La Vorágine* y *Cien años de soledad* exhibían un par de perforaciones. Todos estos libros tenían algo en común: pertenecían a nuestra idea de literatura, al patrón que hemos seguido para aprender, para escribir ficción. A Carlos le gustaba disparar con especial interés al canon de la literatura colombiana. Con razón nunca me había invitado a subir a su biblioteca.

Noté que cuando un plomo entraba en un libro no dejaba un hueco, rasgaba las hojas como si las hubiera cortado un bisturí en forma de V. Si el libro era delgadito, el disparo lo traspasaba. Si era grueso, el plomo avanzaba hasta un punto y quedaba atrapado entre las páginas. Pensé que los libros, puestos en chaleco podrían funcionar como antibalas. Carlos me dijo que otra cosa que afectaba al canon colombiano era la distancia de tiro y el calibre del cartucho. No sé por qué pensé que ya no estaba hablando de él, sino de los críticos y revisionistas. Si se trataba de un buen tirador, dijo Carlos, si está bien

parado y tiene una buena arma, un calibre 38 y a unos diez metros de distancia las hojas de los libros no quedan tan mal. Un *Cien años de soledad* baleado se puede seguir leyendo. Y pues, la verdad, otros títulos del canon de la literatura colombiana soportaban bien el plomo, dijo Carlos. Esto siempre y cuando no haya recibido tres docenas de disparos como *La otra raya del tigre*. Al parecer, Carlos odiaba con saña a Pedro Gómez Valderrama. Su libro estaba jodido y destrozado. Ilegible. Yo no le hice nada a don Pedro, dijo Carlos, don Pedro nunca se ha dejado leer. No entendí del todo la metáfora, pero creí que todo esto tenía que ver con lo dicho la otra vez, sobre su lectura al canon literario colombiano. Carlos Cebolla también era un revisionista, uno armado y disparando a diestra y siniestra.

A las tres de la tarde volvimos a la quebradita de la montaña, y al bosque, y nos llevamos el revólver. Me dejó disparar un tambor donde nadie escuchara las detonaciones. La diana fue la portada de un libro que Carlos sacó de su biblioteca. Era *Que viva la música*, de Andrés Caicedo, otro título que según Carlos ya era parte de nuestro canon. Caicedo es nuestro Truman Capote, dijo, todo jovencito y ya con un estilo, con una voz propia, leerlo es una experiencia nueva con el lenguaje. En el bosque leímos unas páginas y las comentamos. Ya íbamos a darle plomo cuando nos antojamos de seguir leyendo. Nos echamos en las agujas de pino, a un ladito de la quebrada, y leímos el resto de la tarde hasta que comenzó a levantarse la noche. Todos encoñados. No supimos si esa tarde Andrés Caicedo fue un dios o un capricho, o las dos cosas a la vez. Como fuera, nos íbamos a quedar sin luz. Pusimos el libro paradito sobre un tronco y tomamos distancia de tiro.

Dispararle al canon con certeza es muy difícil. Cuando terminé la ronda, sin coronarlo un solo tiro al libro, Carlos me dijo que tenía que afilar la puntería. A ver si les da con tino a las vacas sagradas, me dijo, y luego cuando no

quede cabeza, siguió diciendo, entonces darles a las otras novelas que vienen por el camino. Tenía que aprender a disparar, según Carlos, de lo contrario iba a seguir considerando a Vallejo un santón de la literatura colombiana, cuando en realidad es un dios, dijo. Tenía que seguir practicando, ganar criterio porque de lo contrario seguiría considerando tan solo un encoñe a Vila Matas.

Yo ya estaba cabreado, y a punto de mostrarle mi ecuación del dios literario, pensando si sería una buena manera de ganarle un punto, pensando, con la necedad de todo ingeniero, que todo se puede medir. Mejor dejar preguntas que respuestas. Ya iba a preguntarle entonces cuál era su escritor favorito, pero era una pérdida de tiempo. Yo lo sabía. El hombre amaba un mes a Kafka y el otro a Borges. Y de ese encoñe no salía, así leyerá a otros autores todo el tiempo. Eran sus vicios, sus dioses, sus encoñes. Su pregunta, mezclando unos y otros, ahora tenía sentido. Estos autores pueden funcionar como dioses, caprichos, antojos o simples excusas. Para zanjar la vaina, y con sentimiento de culpa, le dije que ya había leído a Jorge Isaacs pero que honestamente no era capaz de pasar más de cuatro o cinco páginas seguidas. No sea pendejo Delgado, me dijo, en la literatura como en el amor uno no escoge de quién se enamora, ni de quién se encoña.

Era verdad. Le entregué el revólver casi con devoción. El hombre sabía disparar y yo todavía tenía mucho por aprender. Y por leer. Más tarde nos fuimos a comer unas lentejas que él había preparado. Cebolla era un verdadero especialista en lentejas: le quedaban espesitas, jugosas, con salchicha picada, arroz y tajadas de maduro fritas. Todo en el mismo plato, como si estuviéramos acampando. Bajamos el almuerzo con un jugo de mora y estuvimos muy concentrados, ni los plones nos dimos para no correr el riesgo de volver a hablar de libros. El postre fue el silencio. ☺



MARTES Y MIÉRCOLES A PARTIR DE LAS 7:45 P.M.
- CLASES GRATIS DE SALSA - COCTELES 

»»» MÚSICA EN VIVO «««
DE JUEVES A SÁBADO

Carrera 73 #44-56 5869087 - 311339775 sonhavanabar@gmail.com SON HAVANA @SONHAVANA



Cachorro

CORTE Y
péguelo

Sarta del río Cauca

Bajábamos –mi caballo y yo– dos veces al año hacia el río Cauca. De las altas montañas bajábamos y al amanecer divisábamos el río entre piedras negras y palmeras y era una gran alegría ver este río. Viajábamos de noche con la luna de agosto y con las lluvias de enero en enero. Pero mi caballo se sabía el camino de memoria o lo inventaba. El que veía –porque yo no veía nada–. Yo tenía trece años, mi caballo tenía cinco; éramos muy jóvenes para andar solos por ahí. Qué amigazo era mi caballo, más inteligente y más instruido que yo. Y sin embargo era yo el que llevaba las riendas del freno. Sólo por ser el hijo del dueño del caballo, como siempre sucede. Pero yo le ofrecía pedazos de panela en mi mano, mirándolo de frente. Y nunca cometí la torpeza de vaciarle una botella de cerveza en la testa coronada por sus dos nerviosas orejas. Yo lo llamaba por su nombre y apellido y él venía a mí con un suave trote amoroso, subiendo desde el fondo de la cañada donde la bruma no se levantaba aún, dormida sobre los pastizales de yaraguá, grises y constelados de rocío a las seis de la mañana. Durante el viaje, yo le recitaba a mi caballo todos los poemas de Porfirio Barba-Jacob, los cuales se esparcían por las desiertas montañas. No recuerdo ningún comentario de mi caballo acerca de los poemas, pero si yo dejaba de recitar, él se detenía. Por supuesto que antes de salir yo había bañado mi caballo. Lo había tenido conmigo en el patio de atrás de la casa, dándole de comer dulce caña picada, aguamiel con salvado, bananos partidos. Y lo había peinado, acariciado, dándole palmadas en las ancas. Con cepillos de raíz le había alisado el pelo y con un peine de cacho le había peinado cuidadosamente la crin y la cola. Y había revisado los aperos: la alfombra roja para el lomo, el freno limpio, la cincha suave pero firme, la montura adornada con grabados y bollones, los estribos de cobre labrado, los zamarros de piel, mi sombrero de fieltro. Mientras no me calara aquel sombrero, el caballo no entendía que pudiésemos partir. Mi padre miraba todo muy despacio y muy serio. Y si no había ninguna falla aprobaba con la cabeza. Yo sé que ese caballo dejó de existir hace mucho tiempo y que yo le sobreviví injustamente. Era un caballo de largas crines, llamado don Palomo Jaramillo. El río Cauca no sabía nada de eso porque venía de muy lejos, de las tierras llanas. Tan sereno, tan colmado de grandes peces –entonces– El río que había pasado por sus orillas donde negros bebían en quioscos de palmiche. Vivían en chozas, trabajaban, no trabajaban.

peleaban entre sí con larguísimas peinillas de acero inoxidable, marca Corneta. Negros que habían vertido su sangre en el río, su sudor, sus lágrimas. Que celebraban el sábado en los puertos, cada puerto con su estación del ferrocarril y esas botellas verdes de Pilsen para la sed, para las ganas de beber, para el coraje de pelear. A la altura de Anzá las turbias aguas del río se cruzaban en canoa, llevando de la brida a mi caballo para que no se ahogara. Nadaba pesadamente el caballo, pero tenía mucha resistencia a las aguas impetuosas. Mi caballo me vio tomar aguardiente, no dijo nada. Me llevé borracho a casa, me acarició con el belfo, con el lado de su cabeza. Se paraba muy firme, me miraba fijo, me decía –Vamos. Al galope corría con sus crines al viento para darme alegría. O me llevaba con toda seguridad por los malos caminos, en aquellos inviernos. Desde que no tengo caballo y me veo obligado a rodar en auto, vivo completamente extraviado dentro de mi auto. Los paisajes a cien kilómetros por hora no tienen pies ni cabeza y no pueden decir nada porque se marean, Pero mi caballo sí que sabía de paisajes, era un caballo paisajista. Un caballo de un solo caballo, pero más majestuoso que el Rolls Royce de la Reina. El río más bello del mundo es el primer río, donde nos bañamos desnudos. Y los demás son los otros ríos, así como las otras mujeres, y los otros amigos. Si el río Magdalena no me dijo nada cuando yo estaba muchacho, ya para qué me habla; que no me hable. Yo tuve una larga conversación con el río Cauca y me lo dijo todo. Todo lo mismo que hubiera podido decirme el río Magdalena. Pero el río Cauca me puso la mano en el hombro y me habló al oído. Y el río Magdalena no me gusta porque habla a gritos. Yo fui con mis amigos al río Cauca y lo atravesamos a nado, en Anzá, en Cangrejo, Tulio Ospina, La Pintada, Cali. Pero yo no he atravesado a nado ningún río Magdalena. El río Magdalena me quiere ahogar, quiere hacer olas y taparme, si me pone un brazo encima me aplasta. Temo mucho del río Magdalena. Por las orillas del río Cauca me paseaba como un rey en su baraja. En el puente de Bolombolo me atuve a conversar con gentes que pasaban, con un amigo, con la noche solitaria. El puente de Bolombolo desaparecerá bajo las aguas de una presa. Y con él todas las casas y las grandes bodegas de techo de cinc. Sólo el nombre de Bolombolo perdurará en los poemas de León de Greiff. Quien tuvo el privilegio de ver nacer el puerto, cuando se construía el ferrocarril. El olor de la hulla desapareció con los trenes, sólo quedan las putas. Que pronto desaparecerán bajo las aguas de la presa, con los billares patas arriba, los restaurantes de caliente sopa, y mi revólver de inspector de policía. Por el puente de Bolombolo perseguí a un bandido una noche, el bandido se arrojó al río, hice un disparo al aire para poder ir a tomar cerveza con el teniente y conversar del asunto.



Barca sobre el río Cauca. Toto López Mesa, 1937. Archivo fotográfico BPP.

Agua del río Cauca. En lindos vasos de cristal te bebo ahora, un poco amarillenta, seguramente no muy bien purificada. Si mi caballo te bebiera se moriría de repente.

Jaime Jaramillo E.

"La misma corriente energética que fluye a través de una semilla germinada es la que fluye a través de todos los seres vivos."



Del Bosque
germinados

Wheatgrass brotes y germinados semillas orgánicas

@delbosquegerminados (+57) 321 754 20 11

¡Te vendemos la clorofila y te regalamos la salud!

Soy **Vincente**. Vengo de la ciudad de **Sremska Mitrovica** en la antigua Yugoslavia. Nuestro plato tradicional es el **Chevapchichi**, nombre que lleva mi restaurante.

Los espero en mi mesa para disfrutar de un buen café turco, una rica pita y el tradicional Chevapchichi!



Horarios: Martes a sábado desde las 11:00 a.m. Cr 78 #35-30 en Santa Teresita Contacto: 311 452 44 93

itaca

Gastronomía personalizada, embutidos artesanales.

Somos itinerantes, llegamos a tu casa.

(+57) 320 790 89 77

@restaurante.itaca




Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

Carrera 64C # 48-188 Suramericana 5 local 101

Teléfono: 2302522

Restaurante **EI ÁRBOL DE LA VIDA** Comida Natural



Boston Bar Café
Cra 42 con Clil 54 • Caracas con Córdoba
Atendido por John Jaramillo, su propietario

Bebidas y comidas



Karoty
PARAFERNALIA PARA FUMADORES

Al lado del Centro comercial Medellín, contiguo a la Plaza Minorista
Calle 54 N°57 60 Local 197
Celular: 311 634 21 85





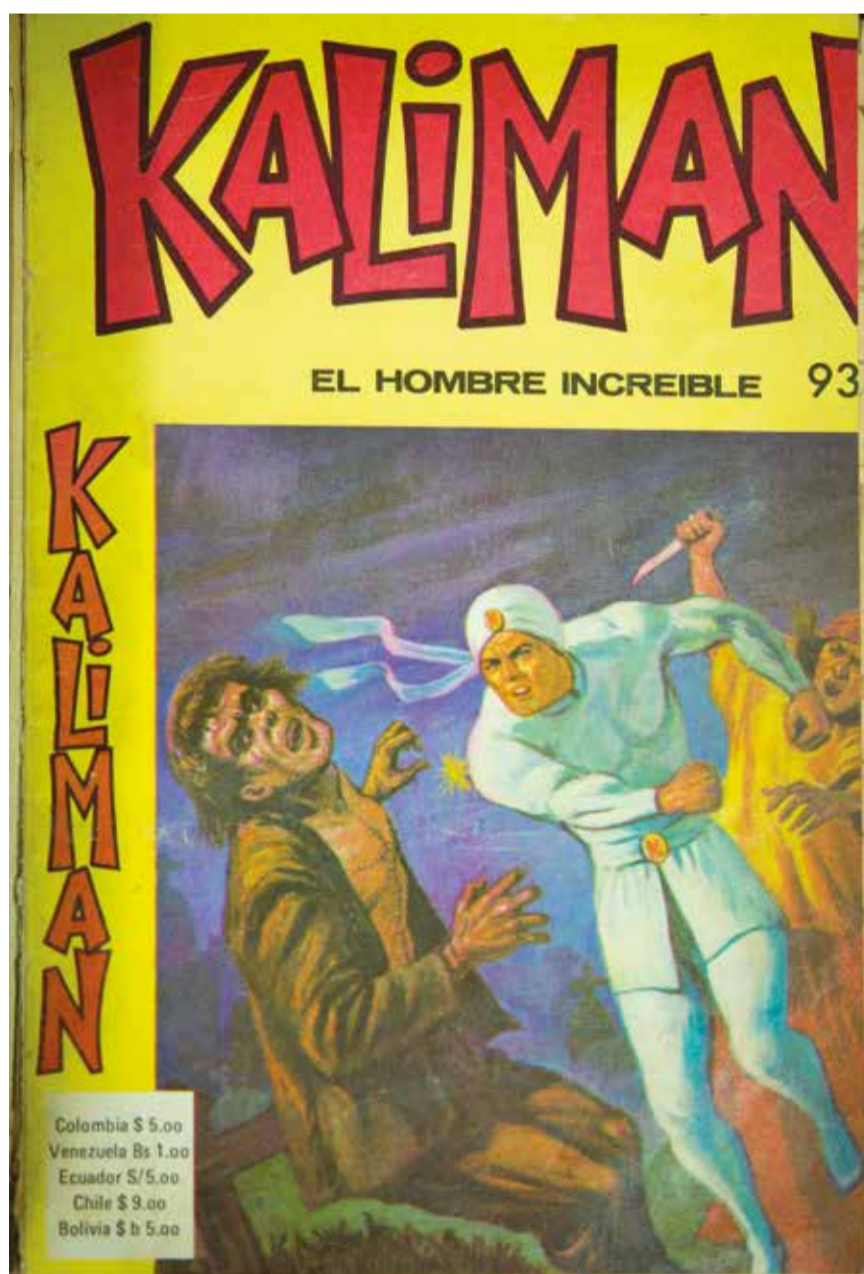
Kalimán, un superhéroe místico, sicodélico y Nueva Era.

El hombre increíble

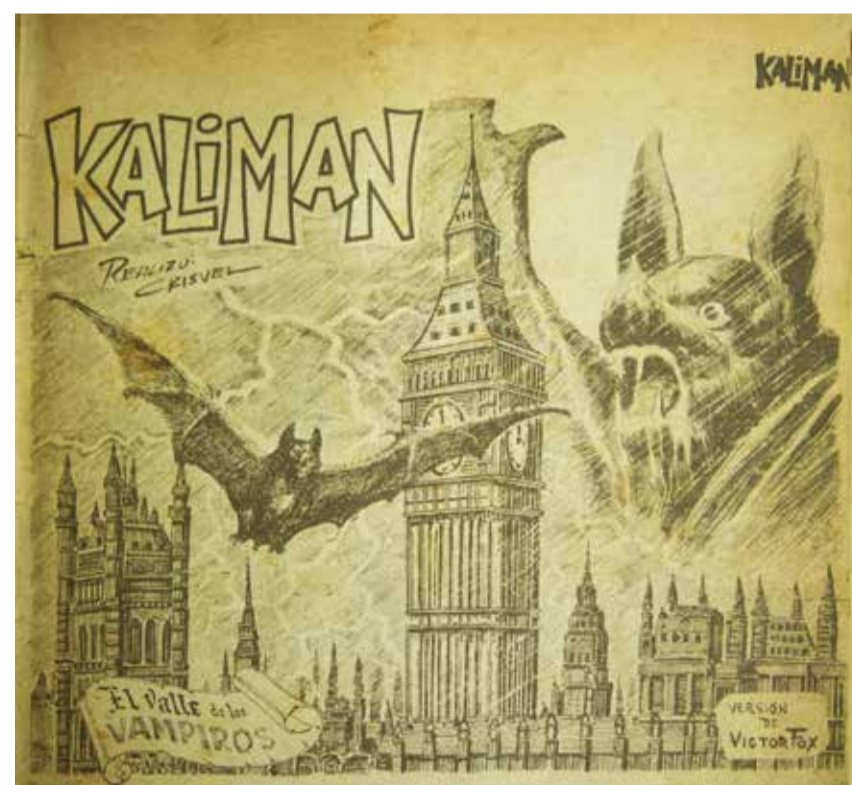
El sistema radial de Todelar, desde La voz del Río Grande, emitió durante años, de lunes a viernes entre las 5:30 y las 6:00 p. m., las aventuras de *Kalimán, el hombre increíble*. La voz de Kalimán la interpretaba Gaspar Ospina, una de las figuras más famosas de la radio colombiana. Pero este superhéroe extraño también aparecía en un cómic tipo folletín que se vendía a cinco pesos y salía cada jueves.

Kalimán, como buena parte de nuestra cultura popular, venía de México. Hizo su aparición en la radio en 1963 y dos años después, en formato de historieta. A Colombia llegó al poco tiempo y desde aquí se exportó a casi toda América del Sur. Lo curioso es que era todo menos nuestro: para empezar usaba un atuendo orientalisimo, como sacado de *Las mil y una noches*, incluido un turbante con una gema preciosa que de lo roja debía ser un rubí. Era una mezcla de príncipe, mago, justiciero y mesías; el último heredero de una mística dinastía de hombres que luchaban por el bien, qué tal que no.

Sus orígenes fueron un misterio, pero en cada entrega se revelaba con cuentagotas su formación abigarrada: con guerreros mongoles, con lamas tibetanos, con piratas en el océano Índico, y hasta explorando el África. Aquí y allá adquirió poderes. Porque Kalimán no usaba armas; la daga al cinturón era solo un adorno ritual. Lo suyo era la agilidad gimnástica y los dardos tranquilizadores fabricados por él mismo con hierbas narcóticas. Y lo mejor: usaba el poder de la mente. "Quien domina la mente, lo domina todo", le decía a Solín, su compañero y aprendiz. La telepatía, la telekinesis, el hipnotismo, el desdoblamiento, la levitación, la visión a distancia del "tercer ojo" eran sus poderes. El *actus mortis*, detener a voluntad las funciones vitales del cuerpo para hacerse pasar por muerto, lo salvó en varias viñetas.



Kaliman 93. La portada de la revista era a color mientras que las páginas interiores estaban impresas en sepia.



El valle de los vampiros fue la primera aventura de Kalimán que circuló en Colombia. La historieta la imprimía en Medellín Editora Mujer Ltda.



cinéfagos.net

cine colombiano, crítica de cine, comics, artes electrónicas,
artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

Hemeroteca patrimonial de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín.
Colección de historietas de Kalimán entre 1966 y 1969.

 /cinefagos.net

 @cinefagosnet

Educación para la vida Comfama

Arte
Cuerpo
Trabajo
Idiomas
Naturaleza

Matrículas abiertas
15 de marzo al 2 de abril
www.comfama.com



comfama